

# CUADERNOS Internacionales

## SUMARIO:

Herbert READ: *Notas acerca de la justicia.* — J. García PRADAS: *El concepto de la Revolución y sus contrasentidos.* — Carlos M. RAMA: *La crisis del liberalismo.* — Michel CROZIER: *Técnicas psicológicas al servicio del Capital.* — Benito MILLA: *Koestler y el Comunismo.* — PERSPECTIVA MUNDIAL. — Emilio MUSE: *La lucha por el petróleo persa.* — André PRUNIER: *La situación política de Francia.* — C. Cruz ARJONA: *El falso dilema EE. UU. o Rusia.*

RESEÑA — NOTAS

Xilografías de Juan Pardo

3

Julio Setiembre de 1951

Montevideo (Uruguay)

# Cuadernos Internacionales

COMITE DE REDACCION

BENITO MILLA — J. CARMONA BLANCO —  
N. ALBORNOZ

REDACTOR RESPONSABLE  
ERNESTO MAYA (h)

CORRESPONDENCIA Y VALORES:

ERNESTO MAYA (h.) — Carlos Ma. Ramírez 143

MONTEVIDEO  
Uruguay

75-72086  
CUADERNOS INTERNACIONALES

## NOTAS ACERCA DE LA JUSTICIA

Por HERBERT READ

La Justicia es ciega en su antigua personificación —frecuente hasta en la iconografía cristiana—, y es representada sosteniendo, a la vez que una espada, una balanza. Se alza imparcialmente entre contrarias demandas, y nada ve, pero lo pesa todo.

Este concepto da por supuesto que las demandas contrarias tan sólo surgen entre personas. El símbolo no encaja en las complejidades de la civilización moderna, donde, lo más a menudo, la persona se halla en conflicto con el Estado. En tal caso, la idea de la Justicia es invadida, hasta el extremo de sustituirla, por la de Retribución, que originalmente fué el castigo impuesto por un dios vengativo, en cuyo lugar impera ahora absolutamente el Estado. La balanza ha dejado de ser adecuada, y el único símbolo valedero que le queda a la Justicia es la espada...

Sin embargo, la jurisprudencia europea, en su evolución, se ha dado cuenta de esta anomalía, y hemos ido formando —especialmente, en Inglaterra—, no tan sólo separados conceptos del Derecho, a los que llamamos por una parte, Derecho Común y, por otra, Derecho Civil o de Estado, sino también la preciosa tradición de independencia del aparato judicial. Esa independencia, quizá sea ahora cuestión de nombre, más que de substancia; pero, en cualquier caso, implica el reconocimiento de distintos valores y criterios.

\* \* \*

La mayoría de la gente pasa por la vida sin entrar en contacto con el sistema judicial. La mayor parte de quienes tienen experiencia directa de su funcionamiento, sólo han respondido de pequeños fallos, cuyo castigo no plantea cuestiones de principio. Para el común

de las gentes, a menos que se hallen directamente implicadas, el sistema legal es cosa tan ajena como si fuera de otro planeta. Un caso judicial tiene que ser sórdido, sexual o sádico, para que la Prensa popular crea que vale la pena informar de él. La participación en el Jurado puede iniciarnos en el funcionamiento del sistema, pero a pocos nos toca, y el que nos toque una vez parece eximimos de otra para toda la vida. Menos, aún, es la gente que, de no hallarse implicada en un proceso, acude a los tribunales en calidad de observador desinteresado, y los empleados de las Audiencias no hacen nada para incitarlos a acudir. En efecto, a juzgar por mi experiencia, existe el deliberado propósito de mantener a la gente alejada de los Tribunales.

La independencia del sistema judicial es simbolizada de varios modos. Mediante togas, birretes, pelucas, etc., los jueces son deshumanizados hasta un extremo asombroso. En Inglaterra, si por casualidad, en el curso de la apelación, un abogado rojo de acaloramiento se levanta la peluca para rascarse o enjugarse la frente, aparece un individuo insospechado, completamente distinto. Es algo así como si una tortuga se despojara de repente de su concha. La imagen persiste en todo, porque todo está cubierto por una concha de costumbre y formalidad, contra la cual golpea la vida, plástica y latente, con el afán de alcanzar la luz. En tal sistema, los valores humanos se hallan en desventaja: tienen que pasar, en su infinita variedad, por la criba de una modalidad predeterminada. Si son demasiado grandes o demasiado hirsutos, se enganchan, no pasan.

\*\*\*

En el sistema del Jurado hay un intento de admisión de los valores humanos: es una válvula de seguridad para las fuerzas emocionales. En opinión de todos los racionalistas y planificadores a ultranza, el Jurado es una intolerable anomalía, que habría que abolir. Pero, antes de abolirlo, bien estará para mientes en las razones alegadas por Henry Fielding en su favor. (1). El Jurado puede ser estúpido y sentimental, o estar lleno de prejuicios, pero, aún con todo, su virtud suele ser la de templar la justicia con la piedad. La única ocasión en que participé en un Jurado, me espantaron las consideraciones puramente sentimentales a que se rendían mis compañeros. Procuré oponerme a ellos, y razonar sobre los hechos de autos, como había razonado el mismo juez al dírignos la palabra. Pero me hallé en minoría de uno; fui vencido. El delincuente quedó libre. Y yo he vivido lo bastante para celebrar mi derrota, porque ahora me doy cuenta de que las influencias a que se rindió el Jurado —el atractivo de la juventud, la fuerza de la personalidad, la humana simpatía hacia la flaqueza— fueron más poderosas que la lógica y la letra de la ley. Sólo el Jurado tiene derecho a ponderar tales valores. Si el sistema legal los tuviera en cuenta, se negaría a sí mismo. El sistema tiene que ser rígido. En Inglaterra hemos tenido la prudencia peculiar de crear un sistema tan exacto como

la simbólica balanza, no sin al mismo tiempo echar un poco de arena en la maquinaria.

\*\*\*

Mientras la Justicia medie entre personas, la independencia y la integridad del aparato judicial son propicias para juicios o fallos basados en el Derecho Natural. El Derecho Común es, en esencia, el común concepto de lo que está bien y es justo en las relaciones entre los miembros de una comunidad. El criterio —es decir, los conceptos comunes en cuestión— puede cambiar más rápidamente que la ley que lo expresa; pero esto es culpa de la misma comunidad, que no se da bastante prisa a hacer que la ley exprese su voluntad. En cuestiones morales y en las cubiertas por el derecho de propiedad, la ley tiende a expresar la voluntad de la masa conservadora, la mera inercia de los no afectados e indiferentes. Las leyes contra la perversión sexual, por ejemplo, son duras e iniustas, porque no tienen en cuenta realidades naturales científicamente corroboradas. La gente, como en su mayoría no es homosexual, halla difícil el legislar para una minoría fisiológica o psicológicamente distinta.

Estas son las inevitables complejidades de cualquier grupo social, y pueden ser eliminadas mediante el paciente análisis y la divulgación. La verdadera peligrosidad de nuestro aparato judicial surge cuando la causa de disputa media entre el individuo y el Estado. En tal caso, la ley, que en cualquier otro se habría basado en una noción de valores humanos (los derechos naturales), cambia de súbito y se convierte en un código de implacables edictos. La legislación por decreto podrá admitir esclarecimiento y diferencias de interpretación, pero su propósito es absoluto: está destinada a ser el potro de tortura en que hay que atormenjar a toda suerte de individuos.

Obsérvese el curso de un proceso incoado por el Estado. Las normas procesales, todo el ambiente de la sala, han cambiado. El acusado se sienta en el banquillo, no ya para que se le juzgue como a un hombre que acaso ha injuriado a otro miembro de la comunidad, sino como a un individuo que, quizá inconscientemente, ha quebrantado una orden. Su intención o su motivo no pesan lo que una pluma en la simbólica balanza de la Justicia. Hechos, y hechos sólo, en el mejor de los casos, han de mover el fiel. Se alborotan las togas, se agitan los bucles de las pelucas, tan sólo para hacer hincapié en un punto de lógica o de exégesis. El acusado en el banquillo, allí está desvaldido, y lo que su defensor suele procurar es que no lleve a declarar, temiendo que la verdad le complique la cuestión. No es que quiera engañar al juez o al Jurado; es que hay que jugar el juego según sus reglas, con los peones blancos a un lado y los negros a otro. Un peón verde, un imponderable fragmento de vida y emoción, es cosa fuera de lugar en el tablero cuadrado.

\*\*\*

Tomemos un caso sencillo, que da la casualidad de ser real

y no muy remoto. (2). En el estado de peligro que surgió en Inglaterra al principio de la última guerra, el Parlamento aprobó apresuradamente ciertas Disposiciones de Defensa, que así se hicieron verdaderas leyes. Se consideraron necesarias entonces, en las desesperadas circunstancias de guerra y riesgo de invasión. Pero, una vez en vigencia, aquellas Disposiciones, quizá redactadas atropelladamente y, sin duda, escasamente consideradas, tenían que ser administradas al pie de la letra: como rígidos edictos. Por virtud de ellas, se declaraba delicto el intentar apartar de sus deberes oficiales a los miembros de las fuerzas armadas. En otras palabras: en un estado de peligro nacional, no es tolerable el incitar a soldados o marinos a que abandonen su puesto. Todos sabemos cuál fué el propósito de tal disposición, pero el caso es que, convertida en la cláusula número 39A de un código escrito, tuvo que administrarla el aparato judicial.

Surge un caso. Cierta grupo de hombres y mujeres cree que la guerra es un mal que hay que eliminar de la civilización para que no perezcamos todos. Saben que la guerra no es cosa que uno pueda abolir por decisión parlamentaria, ni aún siquiera por acuerdo internacional. Es un mal profundamente arraigado en la misma civilización, una enfermedad producida por la frustración y la neurosis de masas. Su cura ha de ser brusca: ha de ser revolucionaria. A fin, pues, de salvar el mundo para sus hijos, y de crear una buena probabilidad de avanzar hacia una pacífica y creadora actividad, este grupo de hombres y mujeres propugna un súbito cambio en la sociedad: según el cliché terrorista de la Prensa, "predican la revolución". Y la predicán abiertamente, ante quienquiera que les escucha, en las esquinas de las calles y en los periódicos y folletos que sus recursos les permiten imprimir. Algunas de estas publicaciones llegan a miembros de las Fuerzas Armadas, recíprocamente, por lo común, miembros de Cuerpos No Combatientes, que no están armados. Pero en el Ejército no hay dominio privado para nadie; todos están sujetos a inspecciones o pesquisas periódicas, y en el curso de una de ellas se descubren algunos de los folletos en cuestión. Se mueve una palanca, entra en funciones la máquina, y no tarda en poner al mencionado grupo de hombres y mujeres en el banquillo de los acusados, en la Sala Central de lo Criminal.

Se trata de ciudadanos hábiles y diligentes, sin excepción; pero eso es irrelevante. En la profesión que a diario ejercen, realizan buenas y útiles funciones, pues atienden a enfermos y heridos, construyen carreteras y ferrocarriles; pero eso es irrelevante también. Hay un código, y en él una cláusula: 39A. Esa cláusula dice llamadamente que nadie (en ninguna ocasión, mientras dure la vigencia legal de dicha cláusula) puede propagar doctrina alguna capaz de dar lugar a que cualquier miembro de las Fuerzas Armadas de Su Majestad Británica piense dos veces acerca de su deber de morir. No es necesario presentar un soldado desafecto o rebelde por influencia de tal propaganda; cuanto el Estado necesita probar es que se ha hecho algo capaz de inducir a desafección.

¡Fuera los propósitos y las intenciones, fuera todo sentimiento

humano y toda esperanza idealista! Estamos ante un tribunal, y aquí, el hombre es medido con el código a que se ha opuesto. No importa qué suerte de hombre es, si un mestas o un ladrón; de momento, no es más que un dajo de prueba, un expediente de hechos probados, que hay que ponderar con arreglo al inflexible código. Así fué Cristo a la cruz, y los mártires a la estaca: así fué posible meter en vagones, como ganado, a millones de seres humanos, y enviarlos a Siberia o a Polonia. La norma siempre es la misma, si siempre es igual el cuadro: razones humanas frente a edictos autoritarios, del Estado. Y, una vez que la máquina empieza a funcionar, difícil es pararla. Todos los técnicos y mecánicos dicen que a ellos no les incumbe. Están muy atareados en lubricar su peculiar ruedecita, y muy orgullosos de que marche como una seda. El espantoso cebo de los engranajes, es cosa que a ellos no les importa; literalmente: NO LES IMPORTA.

\*\*\*

Ha terminado la vista de la causa en la Sala Central de lo Criminal. Las pelucas pasan de la cabeza a la percha. Los detenidos se retiran del banquillo, y a ocuparlo llega un nuevo acusado: un negro, en causa de homicidio. Todo queda incluido en el trabajo del día, y van pasando mestas y ladrones, asesinos y prostitutas, timadores y abortantes. Podría decir un clínico que esto es la sociedad sin tapadera, el caldero en que hierve el boudir de los buenos y los malos impulsos humanos. Pero aquí, en la sala, más parece que asistimos a un gran intento de poner la tapadera — con todas esas siniestras figuras de togas negras y escarlata presidiendo el aquelarre a manera de brujas. Y ésta es, desde luego, la precisa y triste verdad. Aquí, en este inmenso caldero centralizado, "los agentes de la Corona" están intentando — si es menester, brutalmente —, reducir, eliminar la horrenda masa de pululantes pecadores, y sólo a muy duras penas se dan cuenta de que el espectáculo es tan horrible precisamente porque está tan concentrado. Son incapaces de advertir que si la revuelta masa fuese diluida o dispersada, a fin de darle espacio y luz, podría reanimarse, ser depurada mediante el amor humano y la divina gracia (3), que operan donde se juntan dos o tres, no en el género. La justicia, como todo lo demás, padece de concentración y asfixia.

\*\*\*

Esta concentración se halla en correspondencia con la completa estructura social — formación paralela, — pero debe su peculiar cualidad a la misma independencia de la magistratura judicial, que en ella tiene su característica rectora. Los profesionales de la justicia constituyen una sociedad cerrada, una gilda seguramente protegida y claramente diferenciada, digna de la sociedad de la nación entera. Está investido de rangos y dignidades, de costumbres y precedentes,

de logas y ritos. En consecuencia, dentro de esta cerrada sociedad surge un sentimiento de solidaridad y de mutua comprensión, que hace de la profesión un juego de gran destreza, en el que sólo pueden intervenir los peritos en el mismo. De cualquier modo, lo innegable es que entre los abogados de la defensa y de la acusación no hay nunca otra guerra que la artificial. Si por una o por otra parte se revela emoción, quien lo hace es inmediatamente puesto al margen, para ser luego escarnecido. El Juez, sobre todos, actúa de árbitro en una pugna de ingenio; el acusado, cuya inocencia o cuya libertad es la puesta, a menudo es reducido a la insignificancia; él no importa; lo importante es tal o cual tiquismiquis legal.

La juez es independiente; el Fiscal general, que acusa, y el letrado defensor, juegan el juego ateniéndose a sus complicadas reglas. Pero ellos y sus congéneres los han hecho, para apiacérselos al mundo que conocen por experiencia: un mundo de propiedad y finanza, de Universidades y clubes, de comilonas y cabalgadas en pos del zorro. A la luz de su experiencia, bien pueden creer que han hecho las reglas con imparcialidad, con honradez de intención. Quieren ser justos para la clase trabajadora, para el negro y la prostituta. Pero es difícil legislar bien para un mundo que el legislador conoce sólo de oídas. Cierta que un brillante abogado puede ser capaz de acomodarse a la mentalidad de su cliente — una proeza de empatía, mejor que de simpatía, — pero eso es una excepción, y ni aun así es por completo comprensiva. Hay alturas y profundidades de experiencia simplemente fuera de la mentalidad normal entre abogados de la clase media: mundos de pobreza y de sufrimiento, mundos de envilecimiento y de desesperación. Ante los exponentes de tal experiencia, el juez y el abogado medios no pueden hacer otra cosa que seguir el ejemplo de Pilatos y lavarse las manos.

\*\*\*

Hay justicia en los bajos fondos: léase un libro como STREET CORNER SOCIETY — Sociedad Callejera, o del Arroyo, — y se verá cómo está organizada, cómo funciona. Los hombres son naturalmente justos cuando forman agrupaciones espontáneas — para jugar, explorar, debatir y hasta para robar. — ¡Qué hermosa es la justicia cuando espontáneamente surge en un bote de naufragos! Hay justicia entre los prisioneros y en cualquier comunidad de esclavos. El hombre en sociedad es naturalmente justo, porque la sociedad, si es digna de su nombre, tiene por vínculo la mutua consideración. Es el hombre deshumanizado, reducido a unidad, a cifra de orden, el que ya no tiene sentido de la justicia. Es anónimo, independiente de los demás, indiferente. No siente ni siquiera la emoción cohesiva de la manada de lobos. Está solo, y contra él se alza el Estado: aquel complejo de leyes, reglas y disposiciones carentes de realidad para este individuo-cifra, que no ha contribuido a hacerlas, cuyo sentido quizá no entiende. "No matarás"; hé ahí un mandamiento que cualquier hombre puede entender: prohíbe cometer un crimen contra otro hombre y un pecado contra Dios. Pero "No hablarás de paz y fraternidad univer-

sales"... Ese es un mandamiento que ningún hombre puede entender, a menos que tenga mal corazón. Es un mandamiento que no puede pasar de persona a persona, sino tan sólo del Estado a sus anónimos ciudadanos.

(Tradujo J. García Pradas).

(1) El novelista Fielding fué, por algún tiempo, juez en tribunales de Londres, y a él se debieron en gran parte las primeras reformas encaminadas a humanizar las leyes inglesas protectoras de la propiedad. (T.)

(2) Se alude a un proceso incoado contra el grupo anarquista londinense de la FREEDOM PRESS, algunos miembros del cual — ingenieros, médicos, escritores, caricaturistas — fueron condenados a varios meses de cárcel por hacer propaganda insurreccional contra la guerra. (T.)

(3) Sin perjuicio de contar con que Herbert Read, como todo el mundo, puede tener las creencias que le plazcan, quizá no huelga advertir que su noción de la divinidad no tiene estrecheces de catecismo o sistema teológico, y acaso pueda identificarse con el principio, ley o fuerza de atracción cósmica. No en balde se cuenta entre los mejores concedores de Wordsworth y Coleridge, que dieron — especialmente, el segundo — un sentido religioso de la naturaleza y de la vida a Godwin cuando a éste dejó de satisfacerle su propio ateísmo. (T.)



## EL CONCEPTO DE LA REVOLUCIÓN Y SUS CONTRASENTIDOS

Por J. GARCIA PRADAS

Creo sin creyentes deja de ser credo, para ser tan sólo una doctrina muerta. En la misma situación se halla una idea cuando se advierte que es falsa. La idea de "la revolución", que tal imperio ha ejercido durante más de un siglo y medio, muere ahora, precisamente porque los revolucionarios dejan —o dejamos— de creer en ella, de considerarla cierta. Esta pérdida de fe no es caprichosa; trátase de algo inevitable, que, a la corta o a la larga, ningún revolucionario resistirá, porque la versión histórica de dicha idea, su práctica aplicación en diversas sociedades, ha dado tales resultados, que el primero en reaccionar contra ella, y en condenarla sin vacilar, tiene que ser el revolucionario de propósitos honestos. A ella, por el contrario, se aferrará quien aspire a aprovecharse de cuanto hay de nocivo, de engañoso, de contra-revolucionario o regresivo, en dicha "revolución" cuando se lleva a la práctica.

Pero éste es un tema muy embrollado, y hay que intentar exponerlo con la mayor claridad. Tengo, como muchos de mis lectores, el anhelo de pasar del presente régimen político-social, que es autoritario y capitalista, a una situación social socialista y libertaria. Si este cambio radical, que tan de veras deseo, es una revolución, revolucionario soy, y tanto como el que más si uno lo es en la medida de su anhelo. Mas la cuestión que aquí planteo es muy distinta. Se trata de que el deseo de cambiar radicalmente la organización social se ha encerrado en una fórmula, en un concepto, en una táctica de acción, por influencias históricas; y ocurre que la revolución que deseamos se nos ha convertido en "la revolución", que es cosa distinta y hasta contraria. Si concebimos la primera como un conjunto de avances —morales, políticos, económicos, sociales en fin—, la segunda, que pasa por ser la misma, que es tomada por la realización de la primera, constituye una serie de retrocesos. Vemos esto a posteriori: cuando la experiencia, nos descubre, un tanto tardíamente, el error en que hasta ahora hemos vivido. Pero quizá fues posible descubrir a priori tal error, implícito en el sentido que "la revolución" empezó a adquirir en las primeras efemérides de que salió como idea fija, como tema de una época. No es otra cosa, en efecto, lo que yo me propongo en

este ensayo, que es una autopsia de "la revolución" como idea muerta.

\*\*\*

Descubramos el origen de esta idea. Este dicho de "la revolución", lo hemos heredado todos de las postrimeras del siglo XVIII, turbadas por la insurrección de las colonias norteamericanas contra el Estado británico y por la Revolución Francesa; de la época del Marqués de Lafayette, brillante estro de la primera epopeya eclipsado en la segunda. Ambos acontecimientos proclamaron políticamente, en asambleas y campos de batalla, el cúmulo de "derechos del hombre y del ciudadano" enunciados previamente por los humanistas y racionalistas surgidos, en general, de la Reforma protestante, que no en balde afirmó la libertad de conciencia, base de todo derecho y fin de toda institución dependiente de la fuerza. Al proclamar tales derechos, los rebeldes de América y de Europa no dieron ideas nuevas; se limitaron a dar estado público, investidura política, realidad social, a las ya imperantes en los espíritus cultos a ambos lados del Atlántico. Y, en un principio, tanto en un Continente como en otro, los derechos proclamados se redujeron a dos: libertad de los hombres y libertad de los pueblos. Se secularizó la política mediante la negación del "derecho divino" de los reyes, con lo cual se excluyó a Dios del Estado; el "por la gracia de Dios" de la autoridad monárquica fue substituído por "la voluntad general", de Rousseau y Sieyès, base de la autoridad republicana. En menos palabras: el derecho de los reyes fue desplazado por el de los pueblos; el de los vencedores de otro tiempo, por el de los vencidos, cuya insurrección triunfaba. Tal fue el sentido de la libertad del pueblo. Mas la libertad del hombre implicó la igualdad de todos ellos: si todos eran libres, todos tenían los mismos derechos, todos eran iguales ante la ley. Y como la cuestión planteada fue, en un principio, meramente política —la de si la soberanía es del monarca o de la nación, si es "la gracia de Dios" o es "la voluntad general"—, meramente políticos, también, fueron los derechos asignados por igual a todos los ciudadanos.

Ahora bien; la insurrección norteamericana fue nacional, porque casi todos los norteamericanos, cualquiera que fuese su rango social, o su riqueza, o sus ideas, recabaron el derecho a regirse por sí mismos, su autonomía o su independencia. Las ideas activas en tal insurrección fueron pocas, pero firmes y generalmente aceptadas. Entre los rebeldes no hubo discrepancias ideológicas debidas a un conflicto de clases o intereses. Su lucha fue una revolución que triunfó plenamente, pero en terreno muy limitado; y su misma limitación —reducida a proclamar la independencia de las colonias y la igualdad de los ciudadanos ante la ley—, ha sido causa de que la hayamos olvidado. Aquella revolución fue algo concluso en sí mismo, propio de un pueblo en determinado trance, que algo valió como ejemplo alentador, pero sin ideas ni perspectivas para la posteridad. Así, pues, nuestra idea de "la revolución" no viene

de allí, sino de la Revolución Francesa, precisamente porque en ésta no hubo tan completa unidad de criterio, porque en ella se mezclaron intereses antagónicos, porque sus mismas realizaciones históricas fueron menos importantes —para la posteridad— que los conflictos ideológicos que al avanzar fué creando. Al principio de la Revolución Francesa, ciertamente hubo identidad de aspiraciones entre casi todos cuantos en ella participaron; mas los anhelos de cambio, los afanes revolucionarios de las fuerzas sociales actuantes, se diferenciaron luego, y la insurrección del pueblo contra su rey fué convirtiéndose en una revolución cada vez más ambiciosa, de la que cada sector esperó cambios distintos. En verdad, no fué lo mismo para Mirabeau, para Danton, para Robespierre, para Hébert, para Babeuf, ni aún para cada uno de estos personajes representativos en diversas fases de su desarrollo; cada cual la vió a su modo, distinta en cada período, y su manera de verla fué su propia idea de "la revolución".

Pero, aún así, los acontecimientos revolucionarios tuvieron su propio rumbo. Lo que tal hombre o sector esperó de ellos fué una cosa, y otra lo que los mismos acontecimientos prometieron de por sí, permitieron esperar o hicieron temer. Su curso histórico fué definiendo el concepto de "la revolución"; la realidad de los hechos fué dando forma y carácter a la noción de los mismos, sentido fijo a la idea del proceso alterador, hasta hacer de éste algo dotado de carácter peculiar, independiente de que gustase a tales o cuales hombres. El naciente concepto de "la revolución" no fué racional y lógico, esencial y metafísico, sino existencial, empírico, salido inconscientemente de la experiencia en activo. Fué un juzgar la corriente por el rumbo de los aguas en terrenos de caprichosa accidentalidad; fué un hacer idea de "la revolución" el tortuoso curso de los acontecimientos supuestamente transformadores o revolucionarios, y un convertir lo eventual de cierto período histórico en ley fija de la historia venidera. En la Francia de entonces, de la indispensable insurrección contra el Capeto y su absolutismo se pasó a una serie de insurrecciones, y en poco tiempo se hizo crónico el impulso fraccional de insurrección, sin advertir que al principio no tuvo más objetivo que resistir unos abusos y destruir —parcialmente o por completo— las instituciones de que provenían, pero después fué aplicándose, no tan sólo a demoler regímenes sucesivos, sino también a crear nuevos estados sociales. Se aplicó, pues, la táctica de la destrucción al afán de construir, y se esperó de la violencia lo que no podía dar. Por añadidura, la Revolución Francesa tuvo que defenderse, porque todos los Estados europeos le aceptaron el reto que les lanzó al arrojárselos la testa del Capeto; y desde aquel mismo instante se convirtió, históricamente, en una guerra, en la que, como era de esperar, los ejércitos franceses pasaron de la defensa al ataque y la conquista tan pronto como pudieron. En realidad, pues, aquella revolución se convirtió en una guerra. ¿Y qué es la guerra, sino todo lo contrario de la revolución anhelada entonces y hoy? Pero estas dos circunstancias que apuntamos —la de la insurrección permanente, con afanes construc-

tivos, y la de la guerra avasalladora dentro y fuera del país—, fueron alterando la idea misma de "la revolución", hasta hacer de ella un amasijo de absurdos contrasentidos, expresivos de otras tantas aberraciones históricas.

\*\*\*

Hemos de verlo. En la insurrección y en la guerra, se recurre a la fuerza, y precisamente para vencer o exterminar al enemigo. La insurrección y la guerra podrán venir, como vinieron en Francia, del afán de liberarse o defenderse, pero en sí mismas, como hechos, como normas de actuación, ambas excluyen la libertad en mayor o menor grado. Su instrumento es la fuerza, a la que llamamos **el Poder** cuando se inviste de autoridad oficial; y como el Poder, la fuerza, fué el recurso de todos los patriotas, de todos los revolucionarios en la cima del Estado, de todos los que anhelaban llevar adelante el proceso de cambio, del Poder o de la fuerza se hizo un dios, del que todos esperaron toda suerte de milagros, y al que todos dieron —precisamente por eso— o supuesta o verdadera omnipotencia: ya de jure, ya de facto. De aquí la centralización, la **estatización** contra-revolucionaria, de que se quejó Proudhon hace exactamente un siglo: "Cuando la Revolución proclamó la libertad ante el pueblo, la igualdad ante la ley, la soberanía nacional, la subordinación del Poder a la Nación, estableció dos cosas incompatibles: sociedad y Gobierno; y esa incompatibilidad ha sido la causa o el pretexto de esta concentración avasalladora, destructora de la libertad, llamada **centralización**, que la democracia parlamentaria admira y elogia porque lleva en sí la tendencia hacia el despotismo. La República (1) tenía que organizar la sociedad; pensó únicamente en establecer el Gobierno. Fortificándose continuamente la centralización, mientras la sociedad carecía de institución que opone, las cosas llegaron a un punto en que la sociedad y el Estado no pudieron convivir, siendo la condición de existencia del último subordinar y subyugar a la primera. La Revolución del 89 tenía que construir el orden industrial, después de haber barrido el orden feudal. Pero, volviendo a las teorías políticas, nos hundió en el caos económico. . . ."

Pero volvió a "las ideas políticas" por haber vuesto —*velis nolis*— a los actos y a las realidades que ellas reflejan. La guerra permanente —en el exterior, contra diversos Estados; dentro del país, entre diversas facciones—, creó una política de guerra, unas ideas de guerra, un Estado de guerra, un sistema completamente opuesto al **orden industrial**, a la **organización del trabajo**, que Proudhon preconizaba. Suyas son, igualmente, estas palabras pésimamente entendidas por proudhonianos que no saben leer: "En 1789, la tarea de la revolución era destruir y construir a la vez. Tenía la vieja misión de destruir un sistema, pero sólo creando otro nuevo, cuyo plan y cuyo carácter tendrían que ser exactamente contrarios de los anteriores, de acuerdo con esta norma revolucionaria: toda negación implica una subsecuente afirmación contradictoria. De estas

(1) La nación libre, como el "Common Weal" de Milton.

tareas, la revolución cumplió, con gran dificultad, solamente la primera; la otra fué olvidada por completo. De aquí la imposibilidad de vida, que ha oprimido a la sociedad francesa durante sesenta años... Habiendo sido abolido el orden feudal en la noche del 4 de Agosto, y proclamados los principios de la libertad e igualdad civiles, la consecuencia era que, en el futuro, la sociedad habría de ser organizada, no para la política y la guerra, sino para el trabajo... Lo que había que organizar después del 4 de Agosto no era el Estado, ya que al restaurar el Estado no se haría sino restaurar los viejos mojes; eran la economía nacional y el equilibrio de intereses. Resultaba evidente que el problema de la revolución consistía en erigir por doquier el reino de la igualdad y del trabajo, en lugar del orden feudal recién abolido; desde el momento en que, según los nuevos principios, la cuna nada tenía que hacer ya en la determinación del rango del ciudadano, el trabajo le era todo, y la misma propiedad, su subordinada".

Se ha puesto mucha atención en la primera frase: "la tarea de la revolución era destruir y construir a la vez". Eso, en bruto, parece ser una patente de corso para todo botarate propenso a la violencia. Mas se ha pasado por alto el verdadero sentido de las frases de Proudhon, que está en las palabras que he subrayado y subrayaré: "Tenía la vieja misión de destruir un sistema, pero sólo creando otro nuevo", y de carácter distinto. No se construye como se destruye. Y en el terreno social, solamente se destruye para siempre construyendo cosas nuevas, y mejores, que hagan inútiles las viejas. La revolución proudhoniana no es la eterna insurrección, no es la guerra permanente. Abolidos los derechos feudales — con la acquiescencia de muchos nobles, que echaron sus títulos a la hoguera—, la insurrección ha triunfado por completo, el antiguo régimen está muerto, y hay que empezar a construir la nueva planta, en otro terreno, con arreglo a un nuevo plan, porque se trata de alzar un edificio distinto del anterior, para uso muy diferente. El gran pensador francés no propuso una subversión institucional, sino una revolución funcional; no un cambio de gobernantes, ni de Constitución, sino de desenvolvimiento social. Se trata, no de aplicar los viejos órganos a nuevas funciones, ni los nuevos a las viejas, sino de emprender funciones de nuevo tipo, que crearán nuevos órganos. No se sponga que Proudhon le reprochó a la República el de haber sido "revolucionaria" en el sentido corriente del vocablo, pues lo que le reprochó fué precisamente el serlo: el serlo de tal manera, y no de modo genuinamente renovador. No señaló un defecto cuantitativo, de grado o de ritmo, sino un defecto cualitativo, de esencia, de orientación.

En "El Socialismo Contemporáneo" advirtió Arturo Labriola que la Revolución "no hizo obra burguesa respecto al proletariado — es decir: contra él, y en su primera época—, sino respecto a las clases feudales y al Estado absolutista... En sí misma y de por sí, especialmente en el período de la Convención al Directorio, y hasta la ejecución de Babeuf, no es más que una dictadura terrorista del proletariado o en interés del mismo". He ahí lo importante: fué

una dictadura terrorista, y por serlo "del proletariado o en interés del mismo" pasó por ser "revolucionaria". Pero no para Proudhon. Ni tampoco, en 1793, para Godwin o María Wollstonecraft, que no se dejaron engañar por las apariencias "revolucionarias" de la regresiva, dictatorial, Revolución. El pensador francés, aun sabiendo que actuó por algún tiempo en pro del proletariado, vió en ella, en la forma histórica que adquirió, y en sus funciones, y en su estructura, una tiranía; y eso le bastó para calificarla de contra-revolucionaria, a la luz de su propia idea de la revolución, distinta de la imperante. Porque, en efecto, cualquiera que fuere el propósito de los revolucionarios, la implantación de la dictadura era la vuelta al absolutismo; y la misma idea de "la revolución", otra patente de corso regalada al despotismo por el pueblo que acababa de quemarle la anterior. ¿Quién con mejor título para condenar a quién: Proudhon a los "revolucionarios" del Estado terrorista, del terror aún sin Estado, o ellos a él? ¡Ojalá no sea tarde para dar con la respuesta verdadera!

\*\*\*

Para Proudhon, la revolución auténtica no consistía en substituir aristocracia por burguesía, ni burguesía por clase trabajadora, sino en reemplazar la organización política por la organización económica, y la segunda, como norma funcional, no ya como institución. De ahí que repitiera y glosara con encomio la frase de Saint-Simon sobre la substitución del gobierno de los hombres por la administración de las cosas. Pero la organización industrial, o "del trabajo", no es cosa que se improvise; en lo esencial y fundamental, ha de crearse el trabajo mismo, que ni en la Francia de hace un siglo había hecho más que empezar a tramarse. La sociedad anterior a la Revolución tuvo una estructura económica derivada del derecho político —feudal— del conquistador. Se necesitaba una estructura económica derivada estrictamente del trabajo, y capaz de promover la aparición de nuevas formas políticas — verdaderamente nuevas de carácter—. La base económico-política del ancien régime fué la propiedad agraria, el latifundio ganado por la conquista o el robo. Se necesitaba una base de posesión común —sin propiedad de nadie—, mantenida por la cooperación, por el trabajo colectivo. ¿Cómo improvisar tal base? Lo único un tanto parecido a ella fué la Comuna rural; de ahí que muchas Comunas tomaran la tierra colectivamente y afirmaran a la vez su autonomía federativa. Proudhon y Kropotkin, que notaron y aplaudieron tal tendencia, demostraron, al hacerlo, que tenían clara idea de las posibilidades revolucionarias de aquella época. ¡Paradójico caso el de aquel trance! Las Comunas que tomaron la tierra de los nobles, que la colectivizaron en un común, parecieron regresivas al volver al más remoto colectivismo comunalista que, sin embargo, era el cimiento del comunismo por construir; por el contrario, los centros urbanos, y especialmente París, con sus clubes tronitrantes; con todas las botas de siete leguas a que apelaron para avanzar rápidamente, se opusieron a aquel colectivismo, creyéndolo regresivo, pero impusieron la vuelta al feudalismo de facción, a la



guerra de mesnada, al absolutismo centralizado, y así hicieron de "la revolución" una nueva conquista de Francia —no por invasores, sino por políticos, militares y burgueses. Ahora bien; la base comunista no bastaba, ni aún con su incipiente federalismo. Pudo bastar, de inmediato, como norma política; no como norma económica, ni aún entonces, porque era estrictamente agraria y porque o dejaba fuera de sí al comercio y a la industria o les imponía restricciones localistas incompatibles con su expansión, con su ley de desarrollo. Las excesivas ordenanzas del *ancien régime*, que en defensa del Estado y la nobleza maniataron a la industria y al comercio, hasta hacerles suplicar: "¡Dejad hacer, dejad pasar!", parecieron políticas, burocráticas, pero en el fondo eran sociales, como Turgot y Necker pudieron ver al intentar destruirlas; y el colectivismo agrario de limite comunal habría cizado restricciones cuyo carácter social, cuyo sentido económico, habría hallado expresión en parejos ordenanzas de política apariencia. Por lo menos, al principio. Pero la Revolución no llegó a admitir el colectivismo incipientemente federativo de las Comunas. Insistió en reajustar la propiedad, no en eliminarla; en repartir o en poner en venta la substancia de los derechos feudales, tras quemarlos en el fuego, no en eliminarlos radicalmente; tendió a reorganizar el robo, incapaz de ver que lo necesario era organizar la cooperación; y su tendencia igualitaria llegó al reparto, al "comunismo" de la distribución, pero no al comunismo de la producción. Ni él mismo Proudhon, sesenta años después, llegaba a tanto. Su mutualismo, aunque evidentemente cooperativo, tenía una base individual de posesión y aún de propiedad privada, completamente insatisfactoria. Porque el hombre de Proudhon dependía demasiado de sus bienes personales para no suponer que el comunismo era la misma esclavitud. Era un hombre cuya libertad resultaba inconcebible todavía sin la propiedad privada.

Tenía que hacer la técnica la formidable transformación de las cosas apropiables en servicios públicos socializados de por sí, tenía que desplazar a la propiedad privada mediante una creciente utilización social, tenía que convertir gran parte del capital en cosa tan pública como la calle y la fuente, para que el hombre dejase de depender de bienes individuales y perdiera el temor del comunismo. Era preciso que la técnica creara, aún bajo el régimen burgués, la organización económico-social del siglo XX, para que se viera la posibilidad de que esta organización substituyese a la política como armazón de la sociedad. La institución comunal, propia del trabajo agrícola y de la relación vecinal, tenía que contar con el complemento de la institución sindical, propia de la gran industria, de la cooperación en gran escala, de la distribución de productos por el área nacional, para que fuese posible reemplazar la **organización política por la organización del trabajo**. Pero es imposible quitarle a Proudhon el mérito de anunciar este cambio, el de prever tal revolución, el de adivinar el principio activo de la nueva estructura: un mutualismo federalista, tan enemigo de la propiedad privada en permanente competencia como de la ~~total~~ centralización. Ese prin-

cipio, que era el de la auténtica revolución, que se mostró vivo en ciertas zonas francesas, fué destruido desde París, y precisamente por la Revolución, al proclamar ésta "la República única e indivisible".

\*\*\*

¿Y por qué la proclamó? No solamente por exigencia de guerra, frente al peligro de una invasión, sino también —y mucho más— en virtud de un contrasentido que he de intentar exponer. La Revolución empezó por proclamar la soberanía de la nación, concebida, ésta en bloque, como constante e inquebrantable unidad. La República, en virtud de eso, recabó para sí todo el reino del Capeto. Pero al recabar el reino, tuvo que asumir toda la autoridad supuestamente derivada de la nación. La "voluntad general", en cuyo nombre se hacía todo, justificación suprema de la República y de la misma Revolución, tenía que ser algo totalitario, indivisible y único; y su expresión política, el Poder absoluto: un Estado potencialmente despótico, cualquiera que fuese su estructura. La supremacía de la voluntad general es la primera condición de la democracia. Pero ¿qué es la democracia, en teoría, más que la igualdad de derechos de todos los ciudadanos, cifrada en la implantación del sufragio universal? Para conocer la voluntad de todos, menester es conocer la de cada uno de ellos. Ahora bien; en la Revolución Francesa vemos una larga serie de propósitos de cambio, cada uno de los cuales va más lejos que el inmediato anterior; y tales cambios, inseparables de los hombres que anhela realizarlos, ¿a qué los confían éstos: al sufragio universal, como cabría esperar de tan cabales demócratas? ¡Nada de eso! Si todos los ciudadanos hablan y votan en perfecta democracia, los planes de cambio de este sector y de aquél tendrán que supeditarse al lento juego nacional de todos los intereses y todas las opiniones, y eso será el desplazamiento de toda "revolución" por la evolución política —y económica, moral ideológica, técnica— de toda la sociedad. Hay una rotunda incompatibilidad entre "la revolución" como serie de cambios subitáneos, violentos, y su primera premisa: la democracia. La voluntad general, si quiere cambios, los hace sin "revolución"; si no lo quiere, condena a "la revolución" que se los impone, la declara tiránica y por completo injustificada. ¿Cómo hacer, pues, "la revolución"? Impidiendo que se exprese la voluntad general, pero imponiendo la propia en nombre de ésta, que es la que da plenos poderes, tanto más indispensables cuanto más a contrapelo se desea proceder, cuanto más partidista es la voluntad que se disfrazaba de general. "Por la gracia de Dios" reinaba el rey, y aquella "gracia" era una ficción; ahora es preciso recurrir a otra ficción, la de "la voluntad general", para hacer "la revolución" de cualquier hijo de vecino, de **Monsieur Tout le Monde**. Se falsea la democracia, hasta hacer de la igualdad de derechos el terrorismo dictatorial de un grupo de ~~sediciosos~~. Y cada grupo de sediciosos hace eso para

salvar su "revolución", para imponerla en los dominios de "la República única e indivisible", para trocar el avance hacia la plena libertad en la vuelta a la absoluta tiranía.

En la Revolución Francesa, la democracia no es una norma o una institución neutral, independiente de intereses y opiniones, sino el brutal ejercicio de la voluntad de cambio, y aún del mero apetito de poder, a través —en primer término— de millares de clubes "revolucionarios", que son los retenes de los Partidos en guerra por la toma del Poder. Y eso, en lo esencial, no fué posterior al postrer Capeto, sino anterior al primero; fué un zizipace de señorios, parecido a aquel de que salió Carlomagno a la cabeza del Sacro Imperio. Tanto es así, que en Francia salió igualmente Napoleón. "Diríase —escribió Faguet— que el designio permanente de los hombres de la Revolución fué crear a Napoleón". Y el mismo Bonaparte dijo en llegar al Poder, en hacerse emperador: "La Revolución ha terminado; sus principios están vinculados en mi persona. El Gobierno actual es el representante del pueblo soberano. No puede haber oposición al soberano". ¿Quién negará el jacobinismo, el osado espíritu "revolucionario", de tan céntricas palabras? **El pueblo soberano era la voluntad general** tantas veces falseada. ¿Qué importaba falsearla una vez más? ¿Y cómo consentir que, una vez falseada, se la discutiera, se le hiciese oposición? La oposición consentida sería la verdadera voluntad general, destructora de la que la suplantaba, de la de cualquier facción encastillada en el Poder. No podía haber más que una voluntad, y omnimoda; sólo una "revolución", sólo una República, sólo un Estado absoluto, sin fisura ni merma en sus dominios. Por no renunciar a "la revolución", se falseó la democracia; y la falsa democracia acabó por revelar su verdadera naturaleza —la imperial—, no menos clara e innegable en tiempos de Robespierre que en tiempos de Bonaparte. ¿O es que los poderes del incorruptible fueron más licitos, menos amplicos, más ajenos a la fuerza militar —esta palabra viene de miles: millares, masas en armas—, que los de su antiguo correligionario, el **Petit Caporal**? El verdadero "Primer Imperio" fué "la República única e indivisible".

\*\*\*

La Revolución Francesa, al desarrollarse, se radicalizó; y esto quiere decir que los cambios políticos-sociales esperados de ella fueron más y mayores, pero también que, por eso mismo, quienes los anhelaron fueron menos. Lo esperado de "la revolución" a raíz de la toma de la Bastilla, poco fué, por muchos anhelaron conseguirlo, y se logró; lo esperado de ella bajo el Terror, fué mucho, por el contrario, pero querido por pocos. Al radicalizarse el concepto de "la revolución", se restringe el campo revolucionario: lo que se gana en hondura de propósito, se pierde en anchura de asequencia, en número de adictos. Y en libertad, pues se priva de derechos a quienes, por lo que fuera, se resisten a tal "revolución". Cuanto menos se desee, tanto más se persiste en realizarla. Cuanto más se apela

a la violencia y se recurre al terror, tanto más se descubre que se insiste en realizar "la revolución" porque apenas hay revolucionarios. Y tal empeño, ¿qué puede ser, en verdad, más que una obsesión de locos, una orgía de sadismo, un desenfreno del apetito de mando, un zaiarranco de psicopáticos morbos? Robespierre y sus compinches, en los últimos días de su férala, no fueron políticos en el uso corriente del vocablo, sino lunáticos sanguinarios, peligrosos paranoicos, chacales dignos de ser cazados a tiros. Y no sólo ellos, a mi ver. El falseamiento de la voluntad general, el uso de este nuevo mito o de esta divinidad para imponer en su nombre toda suerte de caprichos de facción, llegó a los más bajos extremos; y así vemos que los tenidos entonces por anarquistas, cuando se oponen al Poder no es para lograr verdaderas libertades, sino para conseguir que el pueblo —¿qué digo el pueblo; cualquier partida facinerosa!— disponga de autoridad pareja a la del Estado, mayor aún, y con ella pueda apresar a quien debe libre Fouquier-Tinville o matar a quien no caiga entre las garras del verdugo. No fué otra cosa lo que pidieron Hébert, Roux y otros que tal, que habrán pasado por anarquistas, pero fueron aberraciones de carne y hueso, monstros deformados por los absurdos históricos de aquella Revolución, cuya dictadura, pese a todos los progresos que con ello se intentó realizar, fué el instrumento y la norma de una política regresiva, que eliminó el requisito de toda suerte de avances: la libertad.

Si el robespierrismo fué "la revolución", no pudo ser la democracia, y a la inversa, porque ambas eran incompatibles. Pero Gracq Babeuf, al tramar la Conspiración de la Igualdad sólo dos años después de haber sido encarcelado por el Terror jacobino, no tan sólo condenó la represión de Robespierre y su récova, al decir que "justificaría la ejecución de Hébert y Chaumette 'aunque fuesen inocentes', porque "sólo Robespierre podía llevar la revolución a puerto", sino que, además, adoptó plenamente el robespierrismo al escribir cosas como éstas: "Yo no creo impolítico o superfluo evocar las cenizas y los principios de Robespierre y Saint-Just para mostrar nuestra doctrina... La verdad es que somos los segundos Gracos de la revolución... El robespierrismo aterra de nuevo a todas las fracciones... El robespierrismo está en la República y en el pueblo. La razón es sencilla: es que el robespierrismo es la democracia, y estas dos palabras son absolutamente idénticas. De ahí que, resucitando el robespierrismo, podáis tener la seguridad de resucitar la democracia". ¿La democracia de quién: de la guillotina? ¡Porque en la de todos, en la igualdad de derechos, nadie pensaba! Una vez más tenemos juntas dos cosas incompatibles: la libertad y el terror. Pero dos cosas hechas compatibles mediante el truco de hacer la libertad mera ficción, y el terror, exclusiva realidad.

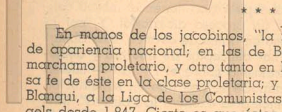
"El robespierrismo es la democracia", y Babeuf se propone resucitarlos. Mas la "democracia" de Robespierre no es la de Babeuf; "la revolución" del 93 no es la del 95. La de los Iguales tiende a pasar del terreno político al social, del civil al económico; pide "la igualdad sin límites", y abre la guerra de clases; mas por eso mismo reducirá la democracia, si le es posible, a los pobres, y

entre éstos a los "revolucionarios". He aquí la táctica de los Iguales: sublevarse para tomar el Poder, dar al Estado un carácter "revolucionario" y "democrático", poner en sus manos —mediante decretos confiscatorios respaldados por la fuerza— casi todos los bienes de los ricos. ¿Y quiénes han de iniciar la zambra? No el pueblo en su mayoría, ni aun siquiera los pobres, sino los conspiradores de una sociedad secreta, que quieren mucho y son poca cosa, que lo quieren contra muchos y son pocos, mas por eso mismo recurrirán a la magia de su tiempo —la del sofisma y la insurrección, la del **canard** y el terror—, para que ella les invista de sagrada omnipotencia. Siempre igual: estos manifiáticos del cambio, estos fanáticos de "la revolución", con quienes a veces van tiranuelos de cloaca, como carecen de fuerza y de derecho para hacer lo que desean, se hacen alquimistas de la política, para con ella trocar una sociedad secreta en un Estado absoluto. ¡Y esta pamea, esta aberración, esta locura, este crimen de lesa sociedad, ha venido pasando entre nosotros —socialistas de todos los matices, sin descontar a los libertarios— hasta por la misma revolución! Si los Iguales cayeron por su anhelo comunista, hay para llorar su muerte; si sucumbieron por el intento de imponer la "democracia" terrorista o el de hacer una "revolución" que ni se quiso ni se entendió, con su pan se lo comen en el Limbo.

\*\*\*

Treinta y cinco años después de la muerte de Babeuf, su memoria es eclipsada por Blanqui, de quien son estas cónicas palabras, en las que sólo hay una verdad y es ase vuelve contra él: "... La fraternidad es la imposibilidad de matar al propio hermano... El sentimiento de la justicia, desarrollado por la cultura, no es más que un débil freno... No puede uno fiarse de nadie, ni del más razonable ni del más comedido. El poder es opresor por naturaleza..... No veo seguridad para nadie, como no sea en la común igualdad de fuerzas; las fuerzas contrapuestas, se neutralizan y equilibran. No veo más garantía de orden social". Mas este filosofastro, que cree en aquello de **Homo homini lupus**, y al menos sabe que "el poder es opresor por naturaleza", se echó después la siguiente cuenta: "Es necesario exterminar la monarquía y todas las aristocracias, substituyéndolas por la República —es decir, el Reino de la Igualdad—; pero para llegar a este Reino es preciso emplear un poder revolucionario, que ponga al pueblo en condiciones de ejercer sus propios derechos". ¿Pues no hablamos quedado en que "el poder es opresor por naturaleza"? ¿Qué nuevo embrollo y qué magia van a hacer ahora del poder "revolucionario" un liberador del pueblo? No intentemos responder, que es imposible, y veamos las fases de la táctica con que Blanqui intentó hacer su peculiar "revolución": constitución de una sociedad secreta, jerárquica en su estructura; preparación del momento revolucionario, a por tal sociedad secreta, con la agitación política y el terrorismo si a mano viene, incluso en él el atentado personal: asalto al régimen burgués, o **monárquico-aristocrático**, y conquista del poder político; sustitución del régimen

burgués por el proletario, mediante la dictadura "revolucionaria" del Estado Mayor dirigente de las masas; elevación del pueblo al nivel en que pueda gobernarse por sí mismo; posible extinción de la dictadura. Pero el postrer postulado era "una interrogación" para el mismo Auguste Blanqui. Por algo dijo en cierta ocasión: "Tan imposible es que el comunismo se implante de repente al otro día de la revolución como en las visperas de la misma; sería tanto como intentar llegar al sol de un salto". Lo incontestable es que "la revolución", lo mismo en tiempos de Blanqui que en los de Graco Babeuf, era una monstruosidad, un absurdo crimen: la dictadura de cuatro conspiradores. A eso se llegó por tomar como modelo la Revolución Francesa, cuyos conflictos históricos acabaron por hacerse contradicciones ideológicas, y cuyo rumbo regresivo se tomó por derrotero de progreso. La historicidad, la accidentalidad, el atavismo y la monería de imitación de las viejas tácticas "revolucionarias", se advierten bien en el hecho de que los triunfos napoleónicos dieron lugar a que el Corso recibiera incitaciones a hacer "la revolución", tan esperada de sus ejércitos como ahora de los de Stalin. Si éste saca partido imperialista de tan estúpido sueño, no hace más que imitar a Bonaparte, que por largo tiempo usó "la revolución" como treta de conquista.



En manos de los jacobinos, "la revolución" fué una dictadura de apariencia nacional; en las de Babeuf, fué una dictadura de marchamo proletario, y otro tanto en las de Blanqui, pese a la escasa fe de éste en la clase proletaria; y así pasó, en manos del mismo Blanqui, a la Liga de los Comunistas, capitaneada por Marx y Engels desde 1.847. Cierto es que éstos, en vez de hablar de sociedades secretas, hablaron del proletariado, pero "organizado como Partido político"; y que Marx, tan ambicioso como Blanqui, o mucho más, nunca renunció al intento de dominar personalmente tal Partido proletario —fuese Comunista, fuese la misma Internacional—. "Lo que yo hice de nuevo —dijo en su carta a Weydemeyer, del 5 de marzo del 52—, fué probar: 1), que las existencias de las clases depende únicamente de determinadas fases históricas del desarrollo de la producción; 2), que la lucha de clases conduce necesariamente a la dictadura del proletariado; 3), que esta dictadura sólo constituye la transición inmediata a la abolición de todas las clases y a una sociedad sin clases". Lo "probado" por Marx —todas sus geniales originalidades—, lo ha desmentido el marxismo práctico, que no puede salirse de la historia como los sueños del mismo Marx. La existencia de las clases, en nuestro tiempo y en el de Maricastaña, menos depende de normas de producción que de injusticias de apropiación, menos de causas económicas o técnicas que de fuerzas estatales. La lucha de clases, como advirtió el mismo Marx al despertar de su sueño en la vejez, no siempre conduce a la dictadura del proletariado, porque se transforman la burguesía y su régimen. Y donde se implante esa dictadura, ella hará imposible "la transición" a la sociedad sin clases, en vez de determinarla

con arreglo a la receta, porque ella misma será un Estado, todo Estado es una clase, y el "proletariado" una clase dueña de todo y señora de todos, que hará de la sociedad una sola clase, pero de esclavos. Marx, en este orden de cosas, no hizo más que repetir las coquejas de Blanqui y de Babeuf, aunque alterando la letra un poquitín para darle aires científicos.

En efecto, el segundo capítulo del "Manifiesto Comunista", lo cerró con una lista de los decretos apuntados por Babeuf para hacer polvo a los ricos y con una exposición de la táctica de Blanqui, que en París la aprobaría, pues se encontraba allí al frente de la Liga Comunista. Y a sus maestros de estrategia, especialmente a Blanqui, copió Marx al criticar con tantas infulsas el Programa de Gotha: "Entre la sociedad capitalista y la comunista queda el período de la transformación revolucionaria de una en otra. A este período corresponde otro, de transición política, en que el Estado no puede ser otra cosa que la dictadura revolucionaria del proletariado". Como bien ha dicho Rodolfo Rocker, "Esas transiciones no las conoce la historia", porque el desenvolvimiento social es continuo y complejísimo, de transformaciones sin transición; pero, eso aparte, Marx dió por suya la receta de Blanqui: para pasar de "la monarquía" al "Reino de la Igualdad", hay que recurrir a "un poder revolucionario que ponga al pueblo en condiciones de ejercer sus derechos". Marxismo, blanquismo y robespierrismo tienen el mismo concepto de "la revolución": ésta es un proceso dictatorial. Y, por lo tanto —insisto yo—, es un retroceso en guisa de avance, más absurdo que la marcha del cangrejo. "Los conceptos de libertad y democracia —advirtió Lenin en su "Marxismo sobre el Estado"— suelen ser considerados idénticos, y a menudo se usa uno en substitución del otro. . . Pero, en efecto, la democracia excluye la libertad". Más no la excluye, como cabría creer, porque la hipotética y endiosada "voluntad general" puede hacer polvo al individuo, sino porque la "democracia" del marxismo, como a veces —que no siempre— la burguesía, restringe el sufragio y los derechos político-civiles a una clase o a un Partido, y encima ejerce el Poder contra todo el resto de la sociedad. "La dialéctica de desenvolvimiento es ésta —añadió Lenin—: del absolutismo monárquico a la democracia burguesa; de la democracia burguesa a la proletaria; de la proletaria a la ausencia total de democracia". En otras palabras, por lo que atañe a los últimos períodos: de la opresión "democrática" del proletariado por la burguesía, a la opresión "democrática" de la burguesía por . . . el Estado "proletario", y de aquí a la libertad, a la anarquía. . . si el Estado "proletario" se marchita para no dejar mal a los profetas del Testamento marxista, que en verdad es el Antiguo por lo inhumano, por lo bárbaro, por lo absurdo, por llenarlo el Jehová sanguinario del Terror, por anunciar la venida del Mesías proletario, que tras su pasión —agonía o lucha— y su muerte bajo el INRI que le declare dictadura, redimirá a la humanidad *pre saecula saeculorum*.

Ahora bien; desde Robespierre a Stalin, "la democracia" es un régimen terrorista, y menester es distinguirla entre tal régimen y el

Estado que a él ajusta sus funciones. El Estado de Robespierre es el Partido jacobino, que en nombre de la nación se proclama soberano. El de Babeuf, el de Blanqui, el de todos los marxistas, es un Partido "revolucionario", que ejerce el Poder en nombre de la clase proletaria. El Estado jacobino, cuya misión es hacer "la revolución política", o hacer a todos los ciudadanos iguales ante la ley, se declara Ley suprema, y así somete a todos los ciudadanos a su autoridad política, que le permite privar de derechos democráticos a quien no esté dispuesto a obedecerle. El de los demás "revolucionarios", y especialmente el marxista, como se propone hacer "la revolución social", establecer la igualdad o implantar el comunismo, no sólo acapara la libertad y la autoridad como el Estado jacobino, sino también los medios de producción, los productos y todo medio de vida, de manera que —según advirtió Trotsky— "el viejo principio **Quien no trabaja no come** es substituído por otro nuevo: quien no obedece se muere de hambre". Y, completada la histórica faena, vemos que "la revolución", precisamente por tender a lograr la libertad y a alcanzar el comunismo por la fuerza de las armas, es la negación de entrambos y la más perfecta fórmula de nuestra esclavización. ¿Nos sorprende? Pues el limo nos lo han dado a sabiendas. Marx y Engels, en el "Manifiesto Comunista", pintaron la aparición del proletariado, le atribuyeron un sino redentor, pero metieron así su **contrabando** en el mito: "Esta organización del proletariado como **clase**, y consecuentemente como Partido político. . ." Lo que hay que leer así: Este proletariado que surge uniéndose en Sindicatos, es convertido después en jumento electoral de cuatro politicastros. . . Y otro toque de dialéctica nos convierte el Partido "proletario" en un Estado por el estilo, con lo cual queda redondo el engaño: "El proletariado usará su poder político para arrancarle, por grados, todo el capital a la burguesía, para centralizar todos los medios de producción en manos del Estado, esto es, del proletariado organizado como clase dominante. . ." Pero es curioso notar que el cauto Stalin, al citar esas frases del "Manifiesto" en su polémica de 1.906 con algunos anarquistas georgianos, se saltó muy caramente a la torera lo de "en manos del Estado", para darle a la fórmula marxista este seductor aspecto: ". . . centralizar los medios de producción en mdnos. . . del proletariado como clase dominante. . ."

\* \* \*

Pero esto nunca ha estado claro. Cuando los anarquistas, viendo engaños en la fórmula marxista —dictadura proletaria para implantar la anarquía— han insistido en preguntar qué va a ser tal dictadura, los marxistas se han visto en mil apuros, y algunos de ellos —los más fieles al maestro— han adoptado posiciones poco menos que anarquistas. Recordemos la de Engels. Tras decir que "todos los socialistas están de acuerdo en que el Estado, y con él la autoridad pública, desaparecerá a consecuencia de la venidera revolución social", gritó, aludiendo a los libertarios: "¿No han visto nunca estos caballeros alguna revolución? Una revolución es indu-

dablemente la cosa más autoritaria. Es el acto mediante el cual una parte de la población impone su voluntad a la otra con fusiles, bayonetas y cañones, que son medios autoritarios si alguna vez hubo alguno. Y la parte victoriosa, si no quiere que su lucha sea inútil, ha de mantener su dominio por medio del terror que sus armas inspiren a los reaccionarios". Recordemos ahora la de Lenin: "... durante la **transición** del capitalismo al comunismo, **todavía** es necesaria la opresión, pero es la opresión de la minoría explotadora por la mayoría explotada. **Todavía** es necesario un aparato especial, una máquina especial de represión, el "Estado"; pero éste es un Estado transitorio; ya no es un Estado en el verdadero sentido de la palabra... Los explotadores, naturalmente, eran incapaces de oprimir al pueblo sin una máquina muy compleja para realizar la faena; pero **el pueblo** puede reprimir a los explotadores con una **máquina** muy sencilla, casi sin **máquina**, sin aparato especial, mediante la **simple organización de las masas armadas**".

Bueno; vengamos ahora a la respuesta de Stalin, que es la más despanpanante. La dió en la citada polémica, de 1.906, pero ha vuelto a publicarla en el folleto "Anarquismo, o socialismo?", lanzado desde Moscú, en francés, inglés y no sé qué más idiomas, a fines de 1.950. Dice así el camarada mariscal: "Evidentemente, hay dos clases de dictadura. Hay la dictadura de la minoría, la dictadura de un pequeño grupo, la dictadura de los Trepovs y los Ignatyevs, que es dirigida contra el pueblo. Tal clase de dictadura suele ser encabezada por una camarilla que adopta decisiones secretas y aprieta el lazo en torno al cuello de la mayoría del pueblo. Los marxistas son enemigos de tal dictadura, y luchan contra ella mucho más tenaz y abnegadamente que nuestros vengingleros anarquistas. Pero hay otra clase de dictadura, la dictadura de la mayoría proletaria, la dictadura de las masas, que es dirigida contra la burguesía, contra la minoría. A la cabeza de esta dictadura están las masas; aquí no cabe una camarilla ni decisiones secretas; aquí todo se hace al descubierto, en las calles, en los mítines; porque es la dictadura de la calle, de las masas, una dictadura dirigida contra todos los opresores. Los marxistas sostienen esta dictadura **con ambas manos**; y eso porque tal dictadura es el magnífico comienzo de la gran revolución social". ¿Es o no es despanpanante la respuesta? Cabe, desde luego, suponer que la difusión de tan lindo texto por los países capitalistas haya sido tramada allá en Moscú con el intento de que aquí, donde podemos, nos ricamos de Stalin y su régimen, porque quien lo sufre no puede hacerlo. También cabe suponer que el mismo Stalin habrá cambiado un tantico de opinión, pues la dictadura que en Rusia vemos difiere un poco de la pintada por él en sus tiempos de aprendiz... Mas lo que importa es advertir que la monstruosa dictadura bolchevique, crimen de lesa humanidad difícilmente superable, sobre ser en gran parte lo contrario de lo anunciado por los marxistas de todo tiempo y lugar, es precisamente la consecuencia efectiva, histórica, del empeño de implantar la dictadura proletaria. Robespierre fué el engendro de la Revolución, y en él cupo despreciarla. El Estado bolchevique es el

engendro de "la revolución", del intento de implantar la democracia y el comunismo, la igualdad política y la económica, la sociedad sin autoridad ni clases, la anarquía, a tiro limpio.

¿Cómo, que no? Todos los marxistas **revolucionarios** han proclamado, en primer lugar, que su fin era la anarquía, y que sólo en cuanto al modo o a los medios de alcanzarlo disientan de todos los anarquistas. Por otra parte, las citadas palabras de Engels, de Lenin, de Stalin, admiten dos interpretaciones: pudieron ser **meros camelos**, cantos de sirena, martingalas destinadas a encubrir intentos dictatoriales; pero igualmente pudieron ser lo que parecen a simple vista. Y esta posibilidad las hace mucho más graves. Lo veremos al instante. Para Stalin, "la revolución" ha de ser hecha por "la dictadura de la calle, de las masas", que "todo lo hace al descubierto", en la que "no caben camarillas ni decisiones secretas". Según Lenin, "la revolución" la hace "el pueblo", y "con una máquina muy sencilla, casi sin máquina, sin aparato especial, mediante la **simple organización de las masas armadas**". Según Engels, "la revolución" es "el acto mediante el cual una parte de la población impone su voluntad a la otra con fusiles, bayonetas y cañones". No aparece el Estado en ningún texto; se advina encubierto en el de Lenin, pero el autor se apresura a asegurarnos que no hay coco que temer, pues no se trata de un Estado "en el verdadero sentido de la palabra". En su texto, en el de Stalin, en el de Engels, sólo aparecen las masas, nada de jueces y esbirros, de carceleros y polizontes, de mariscales ni de furrieles. De los textos se deduce que, al menos en teoría, la dictadura de que se espera "revolución social" no es régimen político de un Estado terrorista, sino tan sólo el predominio del proletariado en armas, que se subleva contra el Estado burgués, lo destruye, se impone a la burguesía y la extermina como clase. **Y dirán mis compañeros anarquistas si el plan "revolucionario" que hemos tenido hasta ahora —el que heredamos de Bakunin— discrepó de eso en la práctica.** Pues lo que a mí me parece es que nosotros hemos vivido empujados en trasladar a la práctica, con la mejor intención, la teoría que los marxistas dieron de cebo a los **panolis**.

\* \* \*

Hora es de advertir que el error básico de Marx y de sus discípulos ha sido el error, también, de Bakunin y los suyos. Tal error no consistió en propugnar un "Estado proletario" hecho y derecho, sino en querer imponer el predominio violento, atropellador en grado superlativo, de una clase sobre todas las demás por la fuerza de las armas. Todos, marxistas y anarquistas —cada cual a su modo y en su grado, pero esencialmente igual—, nos hemos dejado arrastrar por el curso de la historia, por las turbulentas aguas procedentes de la Revolución Francesa, que de tumbo en tumbo han ido formando, durante más de siglo y medio, el concepto atávico, rutinario, de "la revolución", hasta hacer de él un amasijo de aberraciones morales, de brujerías políticas, de absurdos intelectuales y anacronismos históricos. Si Francia, como Inglaterra, tuvo que darle una lección a su

rey, y destruir la opresión monárquica, y romper el yugo de la nobleza, y defender su territorio, muy bien hizo lanzándose a esas faenas. Pero después quiso ser reina en su casa y emperadora en la ajena, y obrar milagros con gorros fríos, escarapelas, discursos, carmañolas callejeras, clubs, decretos, guillotina y soldados. Eso fué ya una locura, un aquelarre, una misa negra, en la que se disfrazaron de liberales, de demócratas, de comunistas o simplemente de revolucionarios infinitos ilusos y vesnículos, que nos han impresionado con sus frases rimbombantes, sus sentimientos al rojo, sus alharacas venéticas. Eso pasó por ser la revolución, y en reproducirlo se ha venido insistiendo por doquier, así como en imitar a los personajes de la epopeya, los cuádras —hasta los cuerdos, que quizá no fueron muchos— pasaron años en un manicomio suelto, todo pasiones, sobresaltos y temores. De toda aquella neurosis, de toda aquella milagrería sangrienta y patibularia, hay que prescindir, HAY QUE CURARSE, aunque sea recurriendo a los psiquiatras.

La "revolución" que hemos venido analizando es un golpe de Estado, o varios golpes de mano, y con ella se podrá cambiar de régimen político, pero no establecer el socialismo. Porque el socialismo es toda una nueva civilización, que únicamente se logra con el cultivo del hombre, con la cultura de la sociedad en pleno. Si esta tarea, que por su ritmo de desarrollo no es más que una evolución, es denominada revolución porque produce cambios de naturaleza, y no tan sólo de grado, revolucionario hasta las cachas soy. Pero esta revolución, que es la única racional, la única auténtica y posible, es incompatible con la de pega, con "la revolución", pues lo primero que esta última destruye es el primer y principal requisito de la otra: la libertad, que en principio no es más que mutuo respeto entre los hombres, sin distinción de raza, credo, nacionalidad o clase. Para el verdadero revolucionario, "la revolución" ha muerto, pues para él ha pasado ya la época de que salió ese concepto: la brutal, la mágica, la religiosa, en que todo se esperó de porrazos, de conjuros y milagros. Hoy, en Europa, en América, en Asia, en Oceanía, "la revolución", aunque se declara intérprete de nobles aspiraciones, tiene las características que tuvo en la Roma de Mario y Sila, en la Grecia a merced de demagógicos tiranos, en la Italia destrozada por los modelos del Príncipe maquiavélico. ImPLICó la guerra desde un principio, y al final no es más que guerra. Fué un recurso o un pretexto para tomar el Poder, y es instrumento y excusa de poderosos Estados, todos fascistas, totalitarios, que en nombre de ella se atreven a llegar al genocidio. Es una trágica amenaza para el mundo, porque en ella se alían la amoralidad de que el fin justifica los medios, la autoridad estatal sin freno o límite, los recursos económicos, técnicos y culturales del monopolio absoluto y único, a la vez que el atraso general de las masas a que apela.

Todos los "revolucionarios" violentos, como todos los generales, necesitan soldados, y los han buscado en las filas pretorarias. Esta, y no otra, es la causa de que hayan dado al proletariado una misión redentora. El proletariado auténtico es lo que es porque no ha podido ser otra cosa; en general, no tiene noción de lo que es el socia-

lismo, y, aunque se halle en situación más honrada que el burgués, no es mejor que él en modo alguno. Por desgracia para él, para vergüenza de este régimen social no tan sólo se le priva de buena parte de la riqueza que contribuye a crear, sino también de cultura, de actividad espiritual, de casi todo cuanto pule los sentimientos del hombre y le da actitudes civilizadas. Tiene sed de venganza y hambre de pan, pero no el deseo de conseguir libertades que jamás le han hecho falta en su alcohola situación, y así vemos que vende la conciencia, la opinión y cien más por un plato de lentejas, por un pedazo de tierra, por un aumento de jornal, por las promesas del demagogo dispuesto a valerse de él. Es una clase propensa al sartenazo, que a menudo tiene muy generosos impulsos, mas casi siempre los lanza por rumbos de violencia. Manejada y conducida por tiranos, halagada por arteros *condottieri*, alucinada por mitos de aparente redención, es un peligro social de primer orden; y, aunque la justicia no lo exigiera, por eso mismo habría que apresurarse a redimirla de veras, a librarla de toda explotación, a darle pan y cultura, a restituirla cuanto hasta ahora se le ha robado. No necesita *botafumeiros*, que con su incienso la cieguen, sino gente que la ayude a liberarse ocupando un puesto en sus propias filas.

En fin, lector, la historia, que en el siglo XIX forjó un concepto de la revolución, ha descubierto en el siglo XX la peligrosa falsedad del mismo, y ahora hay que hacerse una nueva idea. La justicia social, la ayuda mutua, la libertad, siempre han sido necesarias, pero hoy son de todo punto indispensables, y las reclama la salvación de toda clase social por debajo del Estado. Con apremio y tesón hay que lograrlas, o mantenerlas si incipientemente existen, para hacer de ellas vigorosas y fecundas realidades. En la técnica, en la ciencia, en la economía, en el pensamiento, en la moral pública, tenemos ya en germen la nueva civilización que aspiramos a crear; pero no la crearemos con mitológicas fábulas, magia de una electoral, milagrería de barricada ni endiosamiento estatal, sino en contra de todo eso, cultivándonos todos, civilizándonos, respetándonos, exaltando por doquier la vida humana, para hacer de ella un valor universalmente sagrado.



## LA CRISIS DEL LIBERALISMO

Por CARLOS RAMA

I. LA COYUNTURA HISTÓRICA DE 1880. — II. SUPERVIVENCIA DEL ESPÍRITU LIBERAL. — III. EL NEOLIBERALISMO. — IV. EL FIN DEL CICLO

### I

El liberalismo tiene una doble y significativa presencia. Se caracteriza como una de las corrientes ideológicas de más importancia y originalidad del pensamiento político y por otra parte ha recibido de la Historia la consagración —siempre parcial como corresponde a las ideas— de la puesta en práctica en distintos países a partir del siglo XVII.

Esta segunda faceta hace imprescindible el método histórico para mostrar su evolución y analizar su ciclo vital. La esencia de sus ideas se ilumina en el yunque de la vida diaria, y esa estrecha unión que guarda la doctrina con el mundo occidental lo explica en buena parte.

Por la década que inicia el año 1880 se produce en los países atlánticos una tremenda crisis histórica que sufre en primer término el complejo ideológico liberal.

A pocos años de su culminación material en el seno de la Civilización Occidental, se realiza una ruptura de su continuidad histórica, una división interna que le acerca a su término, y un debilitamiento de todos sus valores. (1)

La situación provocada es compleja.

Por una parte supone una coyuntura económica en cuanto por estos años, irrumpe el capitalismo financiero que crece hasta superar al capitalismo comercial de la Modernidad e incluso al capitalismo industrial surgido en el siglo XVIII. La potencia de la banca y la finanza, el crecimiento de las inversiones dan nacimiento a fenómenos complejos como son el imperialismo exterior, la concentración de la riqueza en el interior de cada país, la ruina de estamentos enteros de la pequeña burguesía, la preeminencia de la vinculación política con el fenómeno estrictamente económico, la importancia creciente de las sociedades por acciones, y la penetración de las distintas ramas de la economía en unidades supranacionales. Junto a esto, los primeros efectos contradictorios de la Segunda Revolución Industrial provocada por la utilización

(1) En un trabajo anterior, "Visión y legajo del siglo XIX", Revista "Cuadernos Americanos", México, año VIII no. 1, págs. 174-194, he precisado las características y fechas fundamentales de la centuria aludida. Sobre la culminación del siglo XIX como siglo del liberalismo, véase Benedetto Croce "Historia de Europa en el siglo XIX", Madrid, Aguilar, 1933.

de nuevas fuentes de energía como son la electricidad, los motores de explosión interna y la renovación de la técnica siderúrgica. (2)

Hay por otra parte una motivación política.

Las décadas precedentes habían sido de paz, ya que desde las guerras napoleónicas no había habido conflagraciones que incluyeran en los contendientes a todos los europeos. A partir de la constitución de la Alemania imperial de 1870, se vive en plena "paz armada" como proemio a este siglo XX de Guerras Mundiales, que superan incluso el tradicional marco europeo de la contienda. La consecuencia inmediata de estos hechos es el reforzamiento del aparato político, el crecimiento de la política de fuerza del Ejecutivo organizador de la guerra y director de la política exterior. El Estado, incluso en las manos de los liberales, crece desmesuradamente durante los años finales del siglo XIX y principios del XX, en relación con la amenaza o las obligaciones bélicas.

Socialmente hablando, la situación se hace más compleja. Las clases proletarias surgidas de las Revoluciones Industriales han alcanzado una madurez política que las lleva a la constitución de sindicatos, partidos, agrupaciones y hasta centros intelectuales durante la segunda mitad del siglo XIX. En 1864 se constituye la Primera Internacional, y en la misma década de triunfo del liberalismo, se completa el pensamiento marxista, en la siguiente el pensamiento anarquista, y simultáneamente las variantes obligadas por las características de los distintos países europeos y americanos. (3)

Todo esto muestra un ascenso de las clases populares, que buscan hacerse un lugar en el cuadro de privilegios económicos y culturales, políticos y sociales que usufructúa la burguesía. Finalmente en esta época, y por efecto del crecimiento de la economía imperialista y la expansión de los estados europeos, surgen como nuevos términos de la ecuación social los pueblos de las colonias, los protectorados o los países semicoloniales que proporcionan las materias primas y adquieren los productos manufacturados.

Y del punto de vista de la psicología social, como señala Erich Fromm, el hombre ha llegado a esa situación en "cuanto más gana en libertad en el sentido de su emergencia de la primitiva unidad indistinta con los demás y la naturaleza y cuanto más se transforma en "individuo", tanto más se ve en la disyuntiva de unirse al mundo en la espontaneidad del amor y del trabajo creador o bien de buscarse alguna forma de seguridad que acuda a vínculos que destruyan su libertad y la integridad de su yo individual". (4)

La crisis ideológica tiene hondas derivaciones y ataca incluso los mismos centros nerviosos del pensamiento occidental: la idea de razón y el concepto de progreso. En el terreno más reducido de la ideología política su acción no es por eso menos grave. El complejo intelectual que agrupamos bajo el nombre de liberalismo, sufre el impacto de los nuevos problemas y se tambalea bajo las consecuencias de las tentativas antirracionalistas y antiprogresistas.

### II

El liberalismo político comienza por perder una masa significativa de adherentes, especialmente en los grupos interesados directamente en las nue-

(2) El concepto de "segunda revolución industrial" en los autores estadounidenses como por ej. Lewis Mumford "Técnica y Civilización", Bs. As. Emecé, 1945, tomo II o Mc Nall Burns "Las civilizaciones de occidente" Bs. As. Feuser, 1947.

(3) He desarrollado este concepto en "Las ideas socialistas en el siglo XIX", 2a. ed., Medina, 1949. En contra Sergent-Harmel "Harmel 'Historique de l'anarchie' Paris, Le Portulan, 1949 y N. Albornoz, "Anarquía e historia" en estos mismos "Cuadernos Internacionales" N.º 1 p. 38-40.

(4) "El miedo a la libertad" de Erich Fromm, Bs. As. Abril 1949 p. 277.

vas líneas de la economía y la política. Se piensa que es necesario ajustar la ideología política, a las nuevas direcciones que impone la política general exterior, el mundo de la economía, y la defensa de situaciones que no se desea extender a las clases populares en ascenso. Masas de ex liberales engrosan los partidos conservadores tradicionales, atemperan su política aliándose con la reacción frente al socialismo naciente y los problemas derivados de la expansión imperialista. Otros finalmente pretudian la defensa, y hasta la fortificación del Estado que antes de hacerlo en la práctica los dictadores europeos de la primera postguerra, estaba en el pensamiento de la alta burguesía y de los militares profesionales. Podría aplicarse la frase de John Dewey, que merece hondas reflexiones: "La amenaza más seria para nuestra democracia, no es la existencia de los Estados totalitarios extranjeros. Es la existencia, en nuestras propias actitudes personales y en nuestras propias instituciones, de aquellos mismos factores que en esos países han otorgado la victoria a la autoridad exterior y estructurado la disciplina, la uniformidad y la confianza en el "líder". Por lo tanto —concluía— el campo de batalla está también aquí en nosotros mismos y en nuestras instituciones". (5)

El fascismo como ideología había nacido, a través de docenas de escritos separados por la distancia y el idioma, pero amantados en una misma circunstancia histórica.

Frente al núcleo de los que acusanbonadamente la crisis, estaba el eterno grupo de los que no pudieron o no quisieron enterarse del problema. Como en "Cándido" de Voltaire, estos siguieron vegetando en el mejor de los mundos, preguntando las soluciones del siglo XVIII y viviendo falsamente, pues la realidad diaria se contradecía groseramente con sus premisas. Pronto desaparecieron en Europa, aunque más tarde en los países meridionales especialmente como actitud opositora pero sobrevivió este tipo de liberalismo todavía en América del Sur, favorecida por el atraso social y económico, y la falta de madurez política de las masas.

Mientras los liberales viven la crisis, el liberalismo, o por lo menos la mayoría de sus elementos ideológicos vitales, no solamente no se pierden, sino que se transvasan a nuevos sectores de la población, a nuevos grupos y países. Hay una suerte de trasplante de los conceptos de la libertad política de la valoración positiva del individuo, de la confianza en el progreso, de la fe en la inteligencia como método y hasta de las mismas prácticas del parlamentarismo democrático. Se observa este fenómeno en la masa de la ideología socialista. El socialismo, o por lo menos un sector muy considerable del mismo, retoma la enseña liberal en el mismo momento en que esta parece perderla la burguesía tradicional. Por lo pronto, en una interpretación extremista, a través del anarquismo. Este termina por entonces de constituirse como pensamiento parcialmente autónomo en el seno del socialismo y comienzan sus adherentes a llamarse libertarios, o sea partidarios de la libertad. Allí donde el liberal decía, por la defensa del individuo: el Estado es un mal— aunque agregaba— un mal necesario, el liberalismo dirá que por ser mal el Estado debe desaparecer, y allí donde el liberal confiaba en el progreso especialmente en su faz técnica, el libertario creará en la fuerza trascendente de la voluntad como posible de trasmutar la historia. (6)

(5) "Libertad y cultura", de John Dewey, Rosario, Ed. Rosario 1946. p. 11.

(6) La vinculación íntima de liberalismo y libertarios ha sido desarrollada en las obras de R. Rucker y en especial en "Ideología y táctica del proletariado moderno", Barcelona, Mundial, s. f. (págs. 100-151) "El parlamento, el Estado y la socialdemocracia", La valoración del voluntarismo anarquista está hecha en "Malatesta" de Luigi Fabbrì, Bs. As. Americana, 1947.

Así como los libertarios tomaron la esencia extrema del liberalismo, la llamada "socialdemocracia" de los partidos que forman en 1889 la Segunda Internacional, y especialmente después de 1900, adopta las formulaciones prácticas inmediatas de la práctica del liberalismo democrático. La extensión del sufragio, la práctica parlamentaria, la utilización de la legislación con fines sociales, son elementos que hereda por su intermedio el socialismo del sector democrático del antiguo liberalismo.

III

Pero aparte de la transvasación de ideas del liberalismo al socialismo, aparte del núcleo de quienes le abandonan y de aquellos que no son capaces de renoverse, hay que consignar que el sector más vigoroso de esta corriente mantiene sus posiciones después de una transformación de enorme importancia histórica.

Comienza por manifestar la nueva actitud, lo que podría denominarse el neo-liberalismo por, el pensamiento —por el momento sin aplicaciones prácticas— de Thomas Hill Green que por 1880, en una conferencia sobre "La legislación liberal y la libertad de contratación", decía:

"La libertad no consiste en la ausencia de la coacción sino en "un poder o capacidad positiva de hacer o gozar algo digno de ser hecho o gozado." La propiedad privada es una institución que se justifica porque contribuye al bien común no sólo para una clase privilegiada, sino para todos, en la medida en la que la capacidad de cada uno le permite participar en él". (7)

Las consecuencias que deduce son significativas y muestran la distancia recorrida desde el Código Napoleón y los escritos de Jeremías Bentham. El bienestar colectivo es entonces la condición previa de la libertad y la responsabilidad individuales y el gobierno tiene el deber de regular el sistema económico cuando este no consigue producir resultados humanamente satisfactorios.

Podría decirse que al tiempo que el Socialismo recoge y continúa parte de la herencia del antiguo Liberalismo, este, en su renovación, se acerca a la corriente socialista. En efecto, a este le caracterizan dos ideas: la Justicia Social y el control de la Economía por la Sociedad, y estas dos formulaciones están implícitas en el ideario de Hill Green, John Dewey y B. Croce más tarde en las reformas del neo-liberalismo. (8)

Estas líneas que trazamos para las dos últimas décadas del siglo XIX, tienen vigencia para la primera mitad del XX. Se agrava la huida de la burguesía de las posiciones liberales, crece la corriente dictatorial y fascista, decrece el liberalismo tradicional como señaláramos; pero también se llevan a la práctica grandes reformas bajo administraciones públicas de inspiración neoliberal.

En primer término, en pequeños países de problemas simplificados por la juventud y la riqueza económica, como por ejemplo el Uruguay. El conjunto de medidas y prácticas adoptadas de 1904 a 1933 aproximadamente, y especialmente la constitución de 1917, están incluidos en esa corriente.

Es mérito de nuestro país haberse adelantado en esa senda, y segura.

(7) Citado en "Historia de la teoría política" de George H. Sabine México, F. C. E. 1945, págs. 637-640.

(8) La idea de que, "A pesar del temor que todos le tienen el socialismo ha entrado en la historia por la puerta grande. El pseudo-socialismo que está surgiendo por todas partes como paliativo, no es sino la confirmación lógica de esta verdad", la hemos visto en Luce Fabbrì, "Ensayos", N.º 16, octubre 1937, p. 122, y repetida desde otro ángulo en José Luis Romero "El ciclo de la revolución contemporánea" Bs. As. Argos, 1948.



mente constituye uno de los ejemplos más exitosos de este nuevo tipo de liberalismo.

Las experiencias, parcialmente anteriores, de Suiza y los países escandinavos, se podrían sólo en parte incluir en este sector, ya que allí actúan coordenadas históricas que unen la contemporaneidad a la medievallidad. Se ha pasado de la ciudad medieval con su ámbito de libertades forales directamente al mundo liberal sin experimentar la regresiva influencia de los grandes estados nacionales y el oscuro momento del Absolutismo de los siglos XVII y XVIII. (9)

Es explicable entonces que cabía la duda de si el neoliberalismo era aplicable a grandes naciones y problemas de mayor magnitud y la interrogante fué contestada satisfactoriamente a partir de 1932 al iniciarse la administración del Presidente Franklin Delano Roosevelt en los EE. UU.

La situación por entonces era de las más trágicas que enfrentase un gran país. El krach de la bolsa de Nueva York en 1929 había cerrado el ciclo artificial de la prosperidad brotado de la Primera Guerra Mundial; diez millones de desocupados minaban la solidez del capitalismo y del mismo aparato estatal; la Presidencia Hoover era manifiestamente incapaz de arbitrar medidas revolucionarias como lo requerían las circunstancias.

El conjunto de leyes del New Deal aprobadas en 1933-1934 renovó el panorama del país y dió un nuevo sesgo a la actitud de los poderes públicos ante la economía. Las ideas de Hill Green fueron llevadas a la práctica con el consenso general de la nación en un plano como el pensador inglés nunca pudiera soñar, y no es extraño que las más ágras críticas partieran del sector del gran capital.

Queda sin embargo la impresión al historiador que el triunfo de aquella administración no sería posible de no haber coadyuvado dos formidables factores. Primero la realidad social que mostraba que la clase obrera-campesina constituía por su idiosincrasia y medios una sola unidad con aquellos que califican los sociólogos de clases medias. La reconstrucción de los ingresos de la masa laboriosa de la nación resultó así automáticamente el resurgimiento de la autoconciencia política que es el fermento vivo de las ideas de libertad política.

Y por otro lado, la importancia principalísima que tuvieron los planes de guerra. A partir de la guerra española de 1936-1939 EE UU se adhirió a la política mundial armamentista y los colosales planes de producción bélica hicieron mucho por revitalizar el mundo de la economía nacional (10)

#### IV

Esto resulta más claro si observamos durante los mismos años la situación de Europa. En el Viejo Mundo la crisis aniquiló, (no existe una palabra sustitutiva), las clases medias. Cuando se haga la historia de los años 1918 a 1950, el rótulo más amplio que se presenta como posible para denominar esos difíciles años de Europa es —repetimos— el aniquilamiento de las clases medias. Primero en Italia y el centro de Europa, con la inflación de la Primera post-guerra; más tarde la crisis del 29 y la Segunda Gue-

(9) Ese concepto está desarrollado en Lewis Mumford "La cultura de las ciudades", Bs. As., Emecé 1945, t. II.

(10) F. D. Roosevelt "¿Porqué nos armamos?" Washington, 1941; "En marcha", Stg. Más Allá s. 4, y Robert E. Sherwood "Roosevelt and Hopkins", Madrid, Janés 1920 2 ts. "Sobre la crisis y las medidas americanas Henri Clause" "De la crisis económica a la guerra mundial", Bs. As. Americana, 1946; y las publicaciones oficiales de la Oficina Nacional del Trabajo.

rra Mundial en el resto del continente, llevaron a la ruina a millones de familias que integran el proceso productivo diferenciados de los propietarios del capital, y también de los meros vendedores del esfuerzo manual. El fascismo es un epifenómeno lo mismo que las Guerras Mundiales.

No faltaron entonces allí liberales que intentaron soluciones. Revisando la historia política de cada uno de los grandes países se recuerdan los fracasos. Las soluciones positivas que sustituyeron al liberalismo, fueron por una parte del fascismo que en 1939 alcanzaba casi toda Europa. Los países escandinavos, Suiza, Francia, Benelux, Inglaterra y la URSS adoptaron en cambio soluciones más o menos teñidas de socialismo. Había desde el socialismo parlamentario socialdemocrático, injertado de neoliberalismo (países escandinavos); el socialismo autoritario de nuevo tipo surgido también de la guerra (URSS), y el socialismo libertario o anarquista (Ucrania de 1917 a guerra (URSS), y la República de los Consejos Alemanes, y especialmente España). El 1921, la República de los Consejos Alemanes, y especialmente España). El temor a estas soluciones firmes, debilitó a las democracias occidentales de viejo estilo y determinó en definitiva la guerra mundial.

Hoy, de nuevo en la segunda post-guerra la conjuntura presenta características que muestran el fin del ciclo ya secular de liberalismo.

De toda Europa, sólo en Francia, (patria tradicional del artesanado, el rentista, y el intelectual independiente) subsiste algo parecido a clases medias políticamente liberales. Al oeste las dictaduras ibéricas, en cuyo interior un proceso formidable viene preparando la historia con la liquidación de los estamentos intermedios y la maduración del pensamiento socialista extremo.

Al este la 'cortina de hierro' del socialismo autoritario, mientras Inglaterra y de alguna manera todos los demás países occidentales (inclusive Francia), adoptan medidas socialistas.

¿Dónde está el liberalismo? ¿Queda en Europa un lugar para él? Evidentemente la respuesta es negativa. La quiebra de los llamados justamente partidos liberales en forma simultánea en Inglaterra, Alemania, Italia y Bélgica es definitiva y característica.

El liberalismo desaparece anegado en las contradicciones que le impone el mundo moderno. Por una parte el mundo procura unificarse —de cualquier manera, incluso por la guerra— mientras los liberales son nacionalistas que viven en un mundo espiritual que creara la diligencia y la caballería napoleónica.

Son partidarios de la libertad política, pero tienen que manejar Estados que representan el cumplimiento de las ideas de Hobbes más que las de Locke. La guerra tiene como primera instancia imprescindible el reforzamiento del poder político, y dentro de este de las formas más ejecutivas. (11)

Frente a la propiedad privada y la economía aquellos que creen en el "laissez-faire" no pueden cerrar los ojos a su ruina, y los que ingresaron en el neoliberalismo, no pueden detenerse en un intervencionismo en la vida económica que les lleva a adoptar medidas de auténtico socialismo de Estado, o de marxismo-leninismo.

Finalmente les ata el peso de sus tradiciones y la sombra de los brillantes e irrevocablemente idos años de audacia juvenil.

¿Queda lugar para el liberalismo en el mundo? No nos preguntamos sobre los pequeños países donde la evolución tiende a hacerse en forma paulatina enriqueciéndose simultáneamente en contenido ideológico.

(11) "La guerra, bajo las condiciones existentes, obligan a las naciones aún a las que se manifiestan más democráticas, a volverse autoritarias y totitarias, ya dijo John Dewey en el año 1939, ob. cit. pág. 157.

(12) "El mundo ruso" de Gouzague de Reynold (Bs. As. Emecé 1951), p. 355.

¿Pero sería posible una segunda administración Roosevelt?

Cabría la misma respuesta categórica, ahora en forma negativa. Un mundo preocupado por la "ocupación plena" para millones de seres, que por imperativo de las tensiones internacionales refuerza el Leviathán, de que hablara Hobbes; un mundo paralizado en nacionalismos rivales y donde el progreso técnico no se ajusta al atraso sociológico, no parece ser lugar para el neoliberalismo.

Los "geopolíticos" han demostrado que el nuevo mundo político de la era de la aviación y la radiotelefonía coloca en primer plano las grandes potencias basadas en continentes enteros. Esto significa la preeminencia de unidades mundiales como la URSS, EE. UU., los grandes países asiáticos, y presumiblemente el continente africano en un futuro lejano. ¿Puede pensarse en un injerto del liberalismo en Asia y Africa? Es difícil contestar afirmativamente. En cuanto a Rusia —de quién tenemos mejor conocimiento— se ha observado con acierto que se separó de Europa "demasiado pronto y se reunió nuevamente a ella pero demasiado tarde, sin haber atravesado las grandes fases de la civilización occidental". En efecto, desde la Rusia de Kiev (siglo XV), a la Rusia de San Petersburgo (siglo XVIII), ha transcurrido "la época de las génesis". No solamente el momento religioso del gótico y de la escolástica, (que interesa al autor que hace la puntualización), sino —y esto para nuestro asunto es más importante— el surgimiento del "homo economicus", la aparición del individualismo, el Renacimiento, y el ascenso del liberalismo. Lo más parecido a esto último que conocerá directamente Rusia viviéndolo es el "despotismo ilustrado" de Catalina la Grande, y esto no alcanza para constituir una tradición liberal (12).

Hay sin embargo en el liberalismo sustancia positiva que no puede ni debe perderse. Se trata, creemos poder afirmarlo, de uno de los "momentos estelares" del pensamiento político comparable a la polis griega, las ciudades medievales y sólo superada por el Socialismo. La idea de la libertad política, la confianza en el progreso, la aspiración a la individuación, la utilización de la cultura como un arma, necesitan subsistir.

Los cincuenta primeros años del siglo XX han mostrado casi dos ciclos completos de: GUERRA-CRISIS-FASCISMO. La Historia sin embargo no se repite, pues los pueblos buscan soluciones positivas —o aparentemente positivas— a sus grandes problemas y estos no se resuelven en viejas formulaciones. El futuro podrá ser solamente de nuevas ideaciones, hoy existentes todavía en forma embrionaria, que concilien libertad con justicia social.

La crisis mortal del liberalismo fué no adherir al socialismo; pero la tragedia del socialismo sería no afirmarse en la libertad.

Montevideo, octubre de 1951.



## TECNICAS PSICOLOGICAS AL SERVICIO DEL CAPITAL

Por MICHEL CROZIER

Al igual que para superar las inevitables concesiones laborales y económicas surgió en su día la ciencia para la racionalización del trabajo, conocida por lo común como taylorismo, así hoy dos nuevas técnicas comienzan a estudiar y aplicar los métodos para canalizar las continuas reivindicaciones de los trabajadores y también su deseo de participar en la gestión industrial o en la pública con una opinión libre. Esas dos nuevas técnicas, de orden psicológico, que el capitalismo yanqui tiende a controlar, son la "public relations" y la "human engineering", que Michel Crozier a continuación analizará. Se trata de un extracto del estudio que publicó la revista "Les Temps Modernes" y que juzgamos del mayor interés reproducir para ilustrar a nuestro público sudamericano sobre cuestión social tan importante, al mismo tiempo que procuramos poner en guardia a la clase trabajadora contra dos procedimientos creados ex-profeso para desvirtuar el camino de su emancipación. . N. A.

En Norteamérica se llama "Public Relations" al conjunto de procedimientos utilizados por los empresarios para atraerse la simpatía y la buena voluntad del mundo exterior.

Pero la importancia de las "Public Relations" no reside en su fin sino en las técnicas mismas que utilizan. Cuanto hace su originalidad y al mismo tiempo las vuelve amenazadoras es el espíritu que preside a su empleo. Este espíritu es a la vez científico y totalitario. Científico, porque con las "Public Relations" dejamos la etapa de las tradicionales marrullerías de la elocuencia y del espectáculo para entrar en el mundo de los laboratorios y de la experimentación. Totalitario también, porque se dirigen al hombre entero, tienen cuenta de todos sus deseos, de todo su comportarse, pronto tenderán a condicionarle de manera integral en función de las necesidades de la máquina industrial.

No hay una teoría general de las "Public Relations". Se comprende fácilmente. Conviene dejar en la sombra el mecanismo de la mitificación. Los especialistas les presentan a la sociedad americana como un esfuerzo de las empresas para darse a conocer y querer del público, así como para asociarle a su propia vida. Comprendiendo de repente que formaban parte de la comunidad, que existían sólo

por el servicio que la prestaban, creyeron que su deber era proporcionar información exacta y desinteresada sobre la naturaleza de este servicio y sobre la forma en que se desempeñaban; comprendieron que todos los ciudadanos americanos tenían derecho a la "verdad cierta y no publicitaria" y declarando buscar la estima del ciudadano americano, decidieron limitarse a proclamar de ahora en adelante esta verdad. Al dirigirse a las empresas, los especialistas utilizan un lenguaje idéntico, añadiendo tan sólo que el procedimiento resulta remunerador y que si se puede siempre vale más decir la verdad.

Si se reflexiona se percibe que la eficacia de esta actitud resulta ante todo del hecho que la mayoría de quienes los utilizan son sinceros o se creen sinceros. Se da en algún punto un brinco, un acto de fé. Este brinco, este acto de fé corresponde a la creencia mística de que la sociedad americana es una democracia. Si los americanos viven realmente en democracia, ello significa que cuantos no se apartan de la normalidad trabajan para el bien de la comunidad y que si cada uno de ellos está informado de las condiciones exactas del trabajo de su vecino, no habrá más disputas ni más odios. Evidentemente la contradicción estalla de vez en cuando. Estalla allí donde un interés directo está en juego. Pero las "Public Relations" se dirigen al gran público que no tiene un interés directo en el juego. Su papel consiste en actuar **indirectamente** sobre los oponentes para hacerles creer que se han equivocado, que se apartan de la normalidad puesto que todos les niegan la razón. A propósito de cualquier decisión de una corporación de gran envergadura moviliza el peso entero de la sociedad norteamericana, tal como es, o sea condicionada por la educación, la prensa, la radio, el cine y por la propia propaganda. Es una cadena continua a la que no se puede escapar. Pero, diréis, hace ya mucho tiempo que la sociedad se defiende pretendiendo que quienes se sublevan contra ella son locos o bandidos. Lo nuevo es este acento de verdad. Todas las corporaciones son ahora democráticas. Ya no sostienen tesis, no intentan convencer, exponen los hechos y dicen la verdad. Aún no nos damos bien cuenta del peligro de las estadísticas en las ciencias humanas. La teoría de las opiniones se ha convertido en el breviario de los intereses conservadores, pues pretende administrarnos la prueba irrefutable de la verdad. Bajo un sistema democrático la mayoría tiene siempre razón. Ahora bien, las opiniones tal como son reunidas corresponden casi siempre a la propaganda de los medios de información. Se mantienen en la zona superficial del "se dice" y de las fórmulas convencionales, y no comprometen al individuo.

Sin embargo, si las opiniones resultan tan superficiales, ¿cuál es su interés? Estamos tocando una cuestión capital que los resultados de la "Public Relations" pueden permitir comprender mejor. Las opiniones sirven de pretexto para aceptar el mundo tal cual es. El hombre debe adaptarse, para vivir, a la sociedad donde le ha caído en suerte nacer. El mundo moderno no está ya a su alcance. No tiene medios para conocerle salvo en forma de opinión. Al per-

der el apoyo en la realidad, busca ante, todo opiniones consoladoras, opiniones que le permitan creer que no se ha equivocado al nacer en este mundo y que le permitan aceptarlo sin sublevarse. Las religiones han declinado, pero las opiniones, como la creencia en la propia democracia, se han convertido en el opio del pueblo americano.

Los expertos en psicología de las masas, al tener a su disposición sumas de dinero muy considerables, atestan los planes de acción de las "Public Relations" al igual que atestan las campañas de publicidad. Venden al público las opiniones que éste desea. Dada la lógica del sistema está condicionado por adelantado a la existencia y a los actos de la compañía que defienden. Se acabaron los gritos estentóreos de Hitler: la canción de Sinatra o la sonrisa de una "pin-up" son más eficaces. Ya lo hemos dicho antes, después de la muerte de Roosevelt, todo el mundo sonrió.

Los mejores argumentos de los servicios de las "Public Relations" son las reformas, la actividad solícita empleada en favor del obrero, el servicio prestado por el organismo que hace vivir, educar y distrae a millones de seres a los que termina por hacer creer que ellos le deben la vida.

Los métodos empleados para la "human engineering" son muy diversos. Todas las adquisiciones de las ciencias del hombre han sido puestas a contribución. De nuevo es el espíritu que rigió su empleo el que convendrá considerar. Este espíritu consiste en tratar a la oposición como una **neurosis o una enfermedad: la sumisión es lo normal**. Apenas se necesitan estadísticas para probarlo. El hombre "normal" desea buenas relaciones con sus camaradas de trabajo y con sus jefes. No gusta de hacer oposición. Si por fin se decide, es porque ha sido llevado hasta el último grado de resistencia, porque no entrevé una solución. La causa en la mayoría de los casos es una falta de **comunicación** con sus jefes.

La noción de "comunicación" es la noción esencial de la "human engineering", que a veces se llama también técnica de las comunicaciones. La primera necesidad de los hombres es, según los ingenieros de lo humano, la comunicación. Todo ser viviente desde su nacimiento comunica algo, pues, hasta la respiración, es ya una forma de comunicación. Comunicar es establecer una relación, es tener algo en común, participar.

Considerado el malestar social bajo este ángulo, ya no se debe entonces a una mala inclinación de la masa. La tesis de los agitadores pierde su alcance. Los agitadores han explotado una situación, pero la situación había nacido de "malas comunicaciones" que eran el resultado del crecimiento desmesurado de las unidades de producción. Para esto dos remedios: modificar el espíritu del mando, reorganizar la jerarquía.

**Modificar el espíritu del mando.** El "Big Business" norteamericano no ha dudado. Proclama "urbi et orbi" que se ha equivocado y que va a cambiar. De ahora en adelante la función del jefe no consistirá en dar órdenes sino en vender ideas. Ya no se gobernará

por el miedo sino por la camaradería. El buen patrón no será el que sepa arrastrar, sino el que sepa escuchar; no aquél que inspire miedo, mas el que atraiga. Es evidente que se necesitarán como siempre sanciones, pero no se presentarán más que como una triste necesidad a la que se ve obligado contra quienes, por su mal trabajo y su mal ejemplo, ponen en peligro la vida de la comunidad.

Reorganizar la jerarquía significa abandonar las pretensiones megalomaniacas de Taylor y de Ford para adaptar los grupos humanos a las necesidades de la comunicación. Ello implica de manera paradójica una parcial vuelta a las ideas de Fayolle sobre la unidad de mando, pero también algunas concesiones a los reformadores obreros. La línea jerárquica debe ser única; en cada escalón hay un jefe; la multiplicidad disminuye la eficacia. Pero también debe ser corta: a lo sumo debería tener cuatro escalones. Y se debe cuidar, si se quiere que el contacto humano sea posible, que cada jefe tenga bajo sus órdenes un número limitado de subordinados. Para que ambos principios se observen a la vez, hay que escindir fatalmente las grandes unidades en grupos autónomos de producción más reducidos.

Hay que eliminar por último el favoritismo, establecer una estrecha relación entre grado, título y salario y siempre que sea posible dadas las exigencias técnicas de la producción, adoptar reglas estrictas de antigüedad. Como se puede comprobar, las investigaciones iniciadas en esta dirección, así como las investigaciones acerca de la simplificación del trabajo son de un gran interés y podrían valer para otro texto. Algunas de las tesis de los sociólogos de las "comunicaciones" poseen un gran valor progresista, en particular aquellas que insisten sobre la espontaneidad de los grupos de trabajo y aquellas que preconizan "comunicaciones" horizontales, que en último caso desembocan en la supresión del jefe. Una psicotécnica del mando se añade desde ahora a una psicotécnica del trabajo.

Ahora bien, en la práctica solamente suelen retenerse las exigencias que sirven para consolidar el poder de la dirección haciéndola aparecer como democrática.

Hasta hoy la "human engineering" ha consistido ante todo en dos clases de técnicas: las técnicas de educación, que se señalan generalmente con las iniciales T. W. I. (training with industry) y las técnicas terapéuticas, llamadas de "counselling", unas destinadas a hacer adoptar la actitud normal, las otras destinadas a calmar las tensiones que subsisten y a permitir un "escape".

Los métodos del "T. W. I." son extremadamente simples. Sus promotores los pretenden perfectamente rigurosos. Por lo general hacen sonreír a los europeos, que no ven en ellos más que simples reglas de sentido común. Su éxito práctico es sin embargo innegable. Y es que el sentido común había sido olvidado desde hacía mucho tiempo por nuestros educadores y conferenciantes. La gran novedad de los métodos del "T. W. I." es en efecto su carácter democrático. La discusión en grupo debe en efecto practicarse en un completo pie de igualdad. No está dirigida por un maestro, pero sí por un animador. Este animador debe cuidarse de no influir

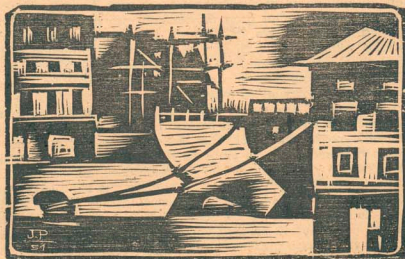
en los participantes. Debe solamente ayudarles a descubrir en ellos mismos la verdad, porque uno no se convence por completo si no ha descubierto por sí solo la verdad. Esta era ya la técnica de Sócrates. Pero Sócrates no operaba más que con una persona y además hacía todo cuestionable. El "T. W. I.", dado el número de participantes (una docena) y el espíritu del animador, es en cambio un medio de standardización de los espíritus por el que cada uno encuentra siempre dentro de sí el fondo común de los prejuicios que caracterizan el "american way of life". Se trata en verdad de una comunión en lo superficial, destinada a obligar al individuo a abdicar de toda veleidad de disidencia.

En cuanto a las técnicas del "counselling", éstas se pusieron en práctica en primer término en la "Western Electric". En consecuencia de las primeras experiencias de Hawthorne, la compañía decidió realizar poco a poco un interview de cada uno de sus empleados. El éxito de los investigadores permitió comprobar que los trabajadores se reconfortaban ante la posibilidad de expresarse libremente sobre el tema que los preocupaba. Se llegó a la conclusión que una conversación con un consejero hecho a los métodos psicoanalíticos podía servir de válvula de seguridad contra el descontento y las tensiones interiores, que se manifiestan inevitablemente en una fábrica... La técnica del "escape" industrial había sido inventada. Hawthorne posee ahora un equipo de "counsellors", que se encuentra a la disposición de los trabajadores, que necesitan conversar de sus problemas. No dan consejos. Les está prohibido divulgar lo que han escuchado. Su única función es la de escuchar, la de retomar la conversación, la de dar al paciente la sensación que es comprendido. Los "counsellors" se han extendido ahora mucho, pero conviene añadir que muy pocos de ellos mantienen la actitud pasiva de Hawthorne.

"Public relations" y "Human engineering" no constituyen un fenómeno aislado de la civilización norteamericana. Al contrario, son la punta avanzada de un gran movimiento que afecta todos los aspectos. La religión, el arte, la literatura, la educación, las relaciones sociales y familiares, el amor y la vida sexual se sitúan cada vez más bajo el signo de este falso sonreír, de este falso buen humor y de esta falsa democracia, tan útiles a los intereses de la conservación social. Claro que en la mayoría de los casos se trata de un proceso inconsciente. Las masas americanas, al encontrar cerradas todas las vías de una verdadera liberación como consecuencia de la incansable propaganda del "Big Business", se lanzaron sobre los ideales democráticos y se sirvieron de ellos como de una religión de consuelo y como un medio de defensa contra los ataques de los "trusts". Pero el "Big Business", a medida que vio que pisaba terreno menos firme, comprendió que estos ideales democráticos serían su mejor salvaguarda e inmediatamente trató de utilizarlos. El Fordismo constituyó la primera tentativa de este estilo. Pero sus medios eran demasiado groseros. Ante todo eran brutales y demostraban un desprecio del hombre que tarde o temprano debían suscitar la rebelión. Los métodos actuales de la "human engineering"

son refinados. Quienes les utilizan sólo ponen en su boca palabras amables y su actitud es siempre acogedora y cordial. Claro que no ven en el hombre más que su personalidad social y no le reconocen su verdadera dignidad en la invención y en la libertad. Pero el hombre moderno parecería como si tuviese miedo de su libertad, que le obliga a una difícil y peligrosa reflexión. Acoge con entusiasmo cuanto puede reconfortarle. Para esto el sistema está bien coordinado. Prensa, radio, cine y ahora la televisión difunden una atmósfera de miedo y las masas aterradas se refugian en las opiniones tranquilizadoras y probadas por los mismos medios de información. Es cada día más difícil rehuirlos, máxime cuanto que la educación condiciona al niño hacia el conformismo que le exigirán. Los "comics" y la televisión, en manos de los grandes intereses financieros ocupan sus ocios. Más tarde las estadísticas vendrán a probarle que todo es magnífico en el mejor de los mundos.

(Tradujo N. Alborno).



## Koestler y el Comunismo

Por BENITO MILLA

La devoción al mito soviético es tan tenaz y tan difícil de curar como cualquier otra entrega de este tipo.

A. Koestler

Intentemos un análisis del proceso de incorporación psicológica y moral de un intelectual al comunismo. Observáremos inmediatamente la intervención de causas subjetivas fundamentalmente más importantes que los motivos aparentes de orden social o político que suelen barajarse. Más que un error intelectual, podríamos explicarlo como una sugestión de tipo religioso y dogmático. La "conversión" tiene raíces demasiado profundas para que podamos interpretarla como un mero proceso intelectual o un desplazamiento político. Los más valiosos testimonios dan fe de que no es únicamente el camino de la inteligencia el que conduce al comunismo. Hasta podría afirmarse, en muchos casos, que una persona inteligente, si obra de buena fe, deja de serlo en el momento mismo en que se entrega al Partido Comunista. Pierde su capacidad de análisis y limita automáticamente su criterio. Como cualquier otro tipo de creyente, tiene necesidad de amoldar los hechos a su creencia aunque tenga que falsearlos. En ocasiones críticas ocurrirá al absurdo, a la mistificación y al razonamiento cruel para justificar su devoción. La Inquisición y la milagrería tienen significación equivalente en el lado católico. Tomemos como ejemplo típico para nuestro estudio un testimonio de singular valor: la conversión y la herejía de Arthur Koestler tal y como él mismo nos la explica en una minuciosa confesión pública. (1) Refuerzan su concluyente experiencia otros cinco escritores, y aunque sea más conmovedora la de Richard Wright, la confesión de Koestler resulta más gráfica e insistente, más madurada en su prolijidad.

Koestler hace el descubrimiento de su conciencia después de la primera guerra mundial. Hasta entonces había sido el hijo único de una familia de la clase media y, como tal, mimado por la suerte. La guerra fué un duro golpe para los negocios de su padre. La familia vino a menos económicamente. El empobrecimiento y ruina general de Europa, la inflación y sus consecuencias arruinan al padre. Este no es hombre para abordar con mano firme el endurecimiento creciente de la vida social. En el joven Koestler nacen los primeros resentimientos de clase. La realidad social a la que despierta difiere radicalmente de la de los años de su infancia. Hasta la primera gran guerra, a pesar de las contradicciones económicas y el desnivel social, el mundo europeo creía en la "seguridad". La Revolución industrial no había alcanzado la furia vertiginosa que siguió a la primera matanza monumental. Imperaban el vals,

la opereta y el vaudeville. Tal vez el cuadro mejor logrado de aquel tiempo, y la descripción más emocionada de los sentimientos predominantes entonces, están contenidos en el libro de Stefan Zweig "El Mundo de Ayer". Aquella realidad fue barrida por el huracán de la guerra. Un tremendo desequilibrio subvertió los valores sociales. La Revolución Rusa irrumpió en escena como una aurora sobre las ruinas. Hasta la guerra de España sus reflejos encandilaron a muchas conciencias turbadas. La de Koestler entre ellas. "Fui un converso porque estaba maduro para ello y vivía en una sociedad en trance de desintegración que tenía sed de fe". Ha descubierto su conciencia y la injusticia derivada de la desigualdad social. Estos descubrimientos promueven las primeras manifestaciones del resentimiento de clase. En su casa, su padre esconde los puños deshilachados de su camisa debajo de la mesa. Pero hay otras personas que se lo permiten todo sin el menor resentimiento. "Concebí gran asco hacia los ricos, no porque pudieran adquirir muchas cosas —la envidia juega en el conflicto social un papel menos importante de lo que se cree— sino porque podían permitírselo todo sin tener por ello una conciencia culpable". Estos son los estímulos que lo inducen a entrar en conflicto con la sociedad de ese modo organizada. "El día en que recibí mi carnet del Partido fue solamente el punto culminante de un proceso que había comenzado mucho antes de que hubiera oído hablar de cerdos ahogados ni hubiera oído los nombres de Lenin y Marx".

"Una fe no se adquiere por razonamiento. No se enamora uno de una mujer, no se traspone el atrio de una iglesia como resultado de una persuasión. La razón puede defender un acto de fe, pero sólo después que el acto ha sido realizado y el hombre se ha ligado a tal acto". Esto es lo que hizo Koestler después de ingresar en el Partido Comunista: defender un acto de fe previo. ¿De qué "humus ancestral" se nutría su fe? La taumaturgia marxista, con su Paraíso Soviético y su Juicio Final revolucionario fue la expresión de sus más profundos e irracionales deseos. Su "entrega" —como él gusta llamar— a la fe comunista está expresada por él mismo en términos sumamente plásticos. No es la suya una actitud que responda a un análisis intelectual, a un riguroso cotejo dialéctico. Es un sentimiento vestido con los ropajes de una fe nueva. Debajo de esa investidura el hombre desaparece, la inteligencia no funciona normal y claramente. La conciencia está ya mixtificada. Sólo este proceso previo de mixtificación explica que, una vez dentro del Partido, consienta todas las humillaciones, desde el desprecio al "chanaje". Sólo esa creencia ciega en una realidad superior y futura explica la insensibilidad, el endurecimiento, y la crueldad ante aspectos inexcusables de la realidad comunista. Esa actitud de espíritu justifican a Torquemada o a la N. K. V. D.

Un intelectual, en el más estricto sentido de la palabra, es aquel individuo que condiciona a razonamiento, que asedia por análisis crítico hechos e ideas. En la medida que un intelectual declina su independencia de juicio, por interés o subyugamiento, abdica su condición genuina y deja de ser tal. Por lo menos aquellos intelectuales cuya labor consiste especialmente en explicar y desentrañar reacciones humanas. Los científicos tal vez puedan hacer compatible su papel intelectual con la dependencia de criterio. El escritor y el artista, no. El relato de Koestler expone categóricamente esta situación. Y su obra la justifica plenamente. Esa obra comienza con la liberación del mito soviético y de la tiranía intelectual del Partido Comunista. Las obras más características de Koestler pertenecen al período de su liberación, no al otro.

El contacto con el Partido y su baja política lo condenan al espionaje y a las labores esterilizantes de la política. Su viaje y permanencia en la URSS no llegan a conmoverlo. De haber sido capaz de reaccionar plenamente

ante el espectáculo deprimente de la verdadera vida soviética nos hubiera dado el mismo ejemplo que Gide. Pero en el caso de Koestler el comunismo no es un "error intelectual" sino un acto de fe. Gide no cree en la taumaturgia marxista aunque espera grandes cosas del experimento ruso frente a la democracia podrida y la injusticia social. Le cree hasta que va a Rusia. Al contacto con la realidad Gide se convence de su error. Porque su afección al régimen soviético era esencialmente intelectual, libre, desinteresada. No esperaba la Revolución para vengarse de nadie sino para nivelar los tremendos desajustes del mundo burgués. Pero lo demás Gide fué un hombre profundamente ateo y esa condición permanente de su conciencia frente a la religión y el espíritu religioso la puso en evidencia también en el caso de su adhesión a la URSS. Koestler era un creyente.

"Vi los estragos del hambre en 1932-33 en Ucrania, —explica Koestler— Hordas de familias anárquicas mendigando en las estaciones de ferrocarril alzando las mujeres a sus hambrientos retoños hasta las ventanillas mostrando sus esqueléticas piernas y sus cadavéricas cabezas como fotos conservadas en alcohol; ancianos con los pies helados mostrándonos sus dedos a través de destrozados zapatos. Se me dijo que eran kulaks que se habían resistido a la colectivización de la tierra y acepté la explicación: eran enemigos del pueblo que preferían mendigar a trabajar". Sigue una detallada descripción de horrores indestructiblemente afeados al recuerdo de Koestler, pero que no supo explicar cuando los tuvo enfrente, al alcance de la mano. Reacción como fanático, no como hombre. Esa actitud de absoluta inensibilidad suministra pruebas irrefutables, de los esterilizantes efectos del dogma comunista sobre los corazones. Ellevados hasta su última expresión producen todas las lacras morales, desde el delator al Torquemada rojo.

Más tarde, en una cárcel de España, condenado a muerte, Koestler debía meditar sobre todas estas cosas y preparar su espíritu para la liberación. El hundimiento de la Revolución española, del Frente Popular francés; el entronizamiento victorioso de Hitler en Europa seguido del Pacto Germano-Soviético terminan con su sueño de siete años en brazos del Partido Comunista. Sirvió al comunismo con las armas más humillantes. Ahora lo combate desesperadamente con su pluma. ¿Se ha curado de su antiguo resentimiento o, simplemente, lo ha invertido? A las humillaciones juveniles ha superpuesto sus humillaciones de hombre defraudado. Su anticomunismo feroz da la sensación de responder a una lucha encarnizada con el diablo. Es la manifestación de una crisis resuelta en obsesión, en empecinamiento. Su actitud no corresponde a la de otros heréticos insuficientes, que abandonan la iglesia pero siguen creyendo en el cielo. Koestler ha visto "el cielo" también, y sabe que es mentira. Por eso escribe: "Si revisamos la Historia y comparamos los altos ideales en cuyo nombre se inician las revoluciones y el triste fin a que llegan, veremos de nuevo cómo una civilización corrompida corrompe su manantial revolucionario". Todo ha terminado pues, menos la lucha por vengar humillaciones y fraudes. En esta lucha, sin embargo, la mayoría de los comunistas desengañados siguen distinguiendo mal las imperiosas cuestiones de principio, en cuya observancia cualquier lucha conduce a fines inaceptables. El nihilismo de Koestler tiene una sola dirección: la que va contra Moscú. Ese nihilismo unilateral demuestra la subsistencia de confusas tendencias hacia el absolutismo ideológico. El hallazgo más magistral de la dialéctica estalinista intenta demostrar que, irremisiblemente, fuera del universo comunista sólo existe el mundo capitalista. Cuando se sale de aquel se cae sin apelación en éste. Desgraciadamente, son casi siempre los renegados de la fe soviética los que realizan esta acrobacia. Pero es por incapacidad mental y temperamental para devoción por cuenta propia. Koestler lo comprendió también al escribir: "La adicción al mito soviético es tan teñaz y tan difícil de curar como cualquier otra entrega de este tipo".

## EL CONFLICTO POR EL PETROLEO PERSA

Por EMLIO MUSE

Antón Zischka, el informado autor de "La Guerra Secreta por el Algodón" y "Ciencia contra Monopolio", nos ha narrado breve y sugestivamente en su libro sobre la lucha por el dominio del petróleo, la historia impresionante del hombre que descubriera la riqueza del subsuelo iraní. Se ha puesta en duda la misma, y Glyn Roberts, en la biografía de Deterding, menciona al protagonista de aquella como uno de los tantos pescadores de concesiones que merodeaban por el Cercano Oriente. Sin embargo, Dauphin-Meunier en "La City de Londres", y Raymond A. Dior en "El Petróleo y la Guerra", la han retomado reafirmando su veracidad. Escuetamente, la historia se refiere a un joven ingeniero llamado William Knot d'Arcy, que marchó al Oriente con la expresa misión de investigar el subsuelo del Irán. D'Arcy, después de infructuosos labores y rústicos prolijos por la ruta de los antiguos templos persas, descubrió el fin las enormes riquezas escondidas bajo la meseta legendaria, las fuentes de lo que iba a representar una de las más grandes reservas petroleras del mundo. Antes de que aconteciera el importante descubrimiento, d'Arcy había obtenido del Sha de Persia una de esas concesiones fabulosas, digna de la más exuberante imaginación oriental. Por ella se convertía en el auténtico propietario de todos los productos que se extrajeran del sub-suelo iraní, por el largo período de 56 años. Un día, el ingeniero ya encamado por 20 años de exploraciones y meditaciones metafísicas despertó como uno de los hombres más ricos de la tierra. Pero a d'Arcy no le interesaba la fortuna ya. En verdad, nunca le interesó bastante. Siempre había sido un religioso a la antigua usanza y terminó como un místico cabal. Despreció el dinero y cayó en el plano de las grandes tribulaciones. Comenzó a imaginar el triste porvenir de ese país endeble bajo la fuerte penetración imperialista de Inglaterra. Pensó en las intrigas políticas, en las fricciones diplomáticas y en los encuentros militares que podrían sucederse sobre el territorio del Irán. Se representó, en suma, la pintura crudamente capitalista de nuestro tiempo, y sintió terror. D'Arcy creyó ingenuamente que estaba en sus manos evitar la extracción del petróleo persa, y huyó.

El místico ingeniero se echó encima los más astutos y decididos

agentes del servicio secreto de Gran Bretaña. Primero, un gran ofrecimiento de 6 millones de libras esterlinas por el documento del Sha; después, el robo infructuoso en la ciudad de El Cairo; más tarde la tentativa de asesinato. Entre los directores del inocente juego se encontraba un tal Winston Churchill... D'Arcy, acorralado y temeroso, pero inquebrantable en su decisión, tomó la ruta de América. Hé aquí lo que le aconteció a bordo, narrado por el propio Zischka: "D'Arcy elude los otros pasajeros... no habla con nadie. Pasa su tiempo leyendo los relatos de las sociedades de misioneros. Un sacerdote viaja en ese barco... él tampoco habla con los demás. Pronto D'Arcy se siente atraído hacia aquel hombre de santo aspecto. Este se lamenta de la locura del oro... Dos días antes de llegar a New York, D'Arcy cuenta su vida a su nuevo amigo. El misionero parece poco interesado al principio, pero de súbito una idea le ilumina: ¿por qué no colocar el precioso documento al noble servicio del evangelio? El Sha había dificultado hasta ese momento el acceso de misioneros a su país, pero si ellos obtenían la concesión, la situación cambiara del todo seguramente... Antes de que el viaje terminara, el ingeniero traspasa sus derechos al tesoro subterráneo de Persia al misionero inglés... Y, por él, al Intelligence Service. Pues este sacerdote era uno de los hombres más astutos de ese servicio de espionaje sin igual, ese cura no era otro que Sidney Reilly Rosenthalum..."

Inmediatamente después de tan extraordinario acontecimiento se constituyó la Anglo Persian Oil Co., en la que el Almirantazgo y el Intelligence Service participaban con el 56% de las acciones. Reclen en mayo de 1914, Churchill informó a los Comunes de esta participación, que fue ratificada, elevándose el capital de la compañía a 4.600.000 libras. Estos son los transparentes orígenes de la preciosa joya imperial que los ingleses han tratado de defender hasta hace algunos días con el néctar de la más bella tradición jurídica...

A casi medio siglo de aquellos sucesos, a través del cual se cumpliera, como era lógico, los presentimientos de D'Arcy, Persia decidió nacionalizar los yacimientos petrolíferos y la refinería de Abadán. No vamos a debatir aquí la "legalidad" o "improcedencia" que mastican ahora los británicos, aspectos más que secundarios de una realidad mucho más profunda. Sólo diremos, para ubicar la decisión del parlamento iraní, que en este caso como en tantos otros, las realidades sociales han gravitado de manera principal sobre los acontecimientos políticos. Según una revista norteamericana de abril del año en curso, la oligarquía campesina de Irán, que representa el 1% de la población, posee el 90% de la riqueza (excepto el petróleo), y que el estándar de vida de ese país es uno de los más bajos del mundo. La situación financiera del mismo es verdaderamente desastrosa, presentando sus balances un déficit permanente entre las exportaciones e importaciones globales. Son varios los préstamos que ya ha recibido de los EE. UU. y la misma Anglo Iranian facilitó al gobierno, el año pasado, un crédito de 37 millones de dólares. Mientras tanto, la Memoria de la compañía acusa para 1948 una ganancia neta de 50.700.000 libras esterlinas, y para 1949, de 38.700.000.

Como consecuencia de este formidable desequilibrio económico

y financiero, del que se favorecen un puñado de capitalistas nativos y el imperialismo británico, las masas de campesinos y de obreros persas han ingresado a la lucha anticapitalista moderna con el aceite de cierta dosis de fanatismo, hecho que les confiere un empuje singular que amenaza desembocar en acciones de tipo eminentemente explosivo.

Lo que aquí interesa señalar, además del hecho comercial estudiado que ha quedado evidenciado con esas elocuentes cifras tomadas de la Memoria, es la importancia excepcional del petróleo iraní como poderoso motor de la economía contemporánea y como mineral estratégico. Lo que la geografía es a España, Egipto o Turquía, la mineralogía es a Irán, como a Irak o a la misma Corea, la inocente y pacífica Corea sobre la que hoy se batan norteamericanos y soviéticos por sus existencias de bauxita, de hierro y de tungsteno... Poseer una gran riqueza mineral es tan peligroso como estar en la encrucijada de las rutas internacionales, sobre todo cuando se es un país débil. Irán figura en el sombrío mapa del capitalismo como una de esas regiones "que no se deben perder", que hoy que defender hasta el último esfuerzo y agotando todos los medios posibles. El hecho de que la Anglo Iranianan pertenezca prácticamente al gobierno inglés, que sea el Almirantazgo quien la dirige, convierte en más estricta esta consigna. Si lo que nos informa las agencias periodísticas internacionales es aproximadamente cierto, podemos afirmar sin lugar a dudas que el aspecto comercial directo (es decir los beneficios netos de la compañía) ha pasado a un segundo plano a esta altura de las negociaciones para los ingleses, que lo que interesa por sobre todo, no ya solamente al Imperio Británico, sino a todas las potencias occidentales, es el destino del petróleo persa.

Los aliados aprendieron desde la primera guerra el valor incalculable del petróleo como concurrente decisivo de cualquier victoria. Si los alemanes hubieran sabido que, en un momento dado, la armada inglesa estuvo paralizada por la falta de ese combustible, la habría obligado a capitular, como los mismos ingleses lo confesaron más tarde. Lord Curzon pudo afirmar, apenas terminado el conflicto, que "fuera de toda duda, el porvenir proclamará que los aliados han sido conducidos a la victoria sobre marejadas de petróleo!" Y Clemenceau, en su carta a Wilson, se anticipaba certteramente: "Si los aliados no quieren perder la guerra, es preciso que la Francia combatiente, en la hora suprema del choque germánico, posea esencia, tan necesaria como la sangre en las batallas del futuro".

Las experiencias del segundo conflicto confirmaron la importancia asignada al petróleo. Los rusos, que extraen el 6% de la producción mundial, lo aprendieron también de prisa. En marzo de 1946 comenzaron a concentrar grandes cantidades de tropas a lo largo de la frontera con Irán, y en un momento la invasión se consideró inminente. Si ella se hubiera cumplida, la guerra se había renovado parcialmente entre los aliados pasajeros. No es otra cosa lo que detuvo a Rusia, en cuyos designios imperialistas figura la penetración en esa excepcional zona fronteriza. La conciencia de ello contribuye a que Inglaterra esté recurriendo a toda su estrategia para no aban-

donar de manera total ese territorio, pues mientras mantenga la totalidad o parte de sus intereses, tendrá una justificación más valedera para defenderlo — es decir su petróleo — en el supuesto de una invasión militar. Desalojada completamente, Rusia podría, por otra parte, comenzar a inluir "amistosamente" de muchas maneras para que la distribución se vuelque hacia sus países satélites.

Unas pocas cifras nos revelarán en toda su magnitud el peligro que encierran las actuales conversaciones entre Londres y Teherán. El Irán posee apenas 144 pozos, pero los mismos producen 30.500.000 metros cúbicos de petróleo por año; el Mediano Oriente, 355 y 67.500.000 en el mismo periodo; Venezuela, 8.968 y 77.000.000; los EE. UU., 440.000 y 300.400.000. Esto significa que, mientras cada pozo produce por día apenas un poco más de 2 metros cúbicos en los EE. UU., la misma unidad y en el mismo periodo rinde más de 500 metros cúbicos en el Irán.

No es extraño, pues, que Inglaterra esté concentrando muchas de sus naves de guerra, lanchas de desembarco y tropas de paracaidistas en las proximidades de Persia, mientras se realizan los últimos intentos de conciliación con la presencia del enviado norteamericano. Tal conciliación es posible, y existen formas de que el gobierno salga "airoso" manteniendo una semi-nacionalización. Pero, ¿si no se llegara a ningún acuerdo? ¿Se retirarán confiados en que la producción continuará distribuyéndose por los viejos cauces? Los ingleses han aprendido a retirarse y a simular retirarse después del último conflicto. Pero Irán es una presa demasiado codiciada por Oriente como para repetir el juego peligroso que se desarrolló frente a otros países. Esta política podría facilitar grandemente un vuelco iraní hacia la órbita de Moscú.

No está, pues, al margen de la lógica capitalista el pensar que, en última instancia, se podría llegar al empleo de la fuerza militar para mantener las posesiones iránicas, mientras arbitra, por ejemplo, alguna Comisión Internacional manejada por la UN. Si se llegara a ese extremo, del que hay abundancia en la historia del colonialismo y el semi-colonialismo, fácilmente podría quedar inaugurado un segundo frente activo sobre las prolongadas fronteras que separan a las grandes fuerzas que se disputan el nuevo reparto de la tierra. Pues Rusia no permanecería desde ningún punto de vista al margen de la contienda, y frente a este hipotético caso quizá decida manejar los titeres como lo hace ahora frente al de Corea. ¿No acaba de afirmar un parlamentario filo-comunista del Majlis persa que era preferible perder la soberanía antes que ceder en las cuestiones petrolíferas? La Unión Soviética tiene su quinta columna bien medida, y ahí está el Azerbaiján para recordarlo.

Tales acontecimientos brindan un nuevo asidero a los millones y millones de hombres que califican a un bando como al otro de voraces imperialistas, y que por nada del mundo pondrían sus hombros para defenderlos. Todo esto no constituye más que una aberración económica y una locura guerrearista. Abrir un segundo frente por el petróleo persa es renegar de las más grandes conquistas de la ciencia en materia de combustible y olvidar los enormes yacimientos



que todavía dormitan intocados en sus lechos milenarios. Pues si bien es cierto que sombríos vaticinios se lanzaron siempre sobre las "exiguas" reservas petroleras del planeta, el turbio líquido ha seguido manando de las viejas fuentes y día a día se descubren nuevas zonas de riqueza mineral. En los mismos EE. UU. y en la Texas tan explotada, recientes pozos han comenzado a producir. En Edmonton, Canadá, acaban de descubrirse reservas verdaderamente fabulosas. Las existencias de Latino-América parecen ser enormes, sobre todo a lo largo de la Cordillera de los Andes, en cuya extremidad polar argentinos y chilenos han descubierto el codiciado mineral. En la misma situación se encuentran muchas otras regiones del globo, entre las que hay que incluir las zonas costeras de los mares, cuyo subsuelo apenas si ha sido tocado. Ciertamente, el petróleo no es eterno, pero solamente el Cercano Oriente podría producir para satisfacer las necesidades mundiales durante un período de más de 100 años. Además, la ciencia ha descubierto los sustitutos de la nafta y otros derivados del petróleo, de los que ya se benefician Alemania, España, Francia, Inglaterra y muchos otros países.

Sin embargo, los detentadores del privilegio y el poder no tienen en cuenta todas estas realidades y desconocen los puntos de vista racionales, científicos y humanos. Una vez más se pretende manejar los pueblos como simples peones en el eloquecedor tablero de la guerra. Por tungsteno. Por bauxita. Por hierro. Por estaño. Por petróleo. . . Por los nuevos dioses que los pueblos son arrastrados a defender, los dioses inorgánicos del imperialismo.

N. d. I. R. — Escrito este artículo en el más álgido momento de la tensión anglo-persa, ofrece en líneas generales documentación válida a pesar de las ulteriores derivaciones políticas del conflicto y del viaje del "Premier" persa para intervenir en el Consejo de Seguridad.



## LA SITUACION POLITICA DE FRANCIA

Por ANDRE PRUNIER

Trazad un hexágono regular o celdilla de abeja sobre una hoja de papel. Dividida en seis triángulos que se unan en la parte superior e inscribir por orden, girando alrededor del centro, as iniciales P. C. (partido comunista), S. F. I. O. (partido socialista), M. R. P. (Movimiento Republicano Popular), R. G. R. (Reunión de Izquierdas), I. P. (Independientes y campesinos) y, en fin, R. P. F. (Reunión del pueblo francés) y tendréis una imagen bastante exacta de la nueva Cámara francesa, contando cada sector con un número aproximado de cien diputados.

Bien entendido, en el hemiciclo parlamentario lo representante continuarán sesionando en semi-círculo, según una geografía convencional que estipula, por ejemplo, que el R. G. R., partido laico y conservador, está a la izquierda del M. R. P., "partido social-cristiano. De esta manera, el Presidente reúne a su derecha los 300 y algunos representantes de la Francia católica, y a su izquierda la misma cantidad de representantes de la Francia laica. En la Cámara de 1946 los marxistas, comunistas y socialistas, llenaban ellos solos la mitad izquierda y el resto lo integraban social-cristianos y algunos pequeños sectores R. G. R., campesinos e independientes. En el Parlamento actual, los marxistas forman sólo un tercio de la asamblea, reuniendo partes iguales los dos partidos por haber perdido los comunistas 70 puestos y haber ganado los socialistas unos cuantos.

El secreto de este cambio es doble. Reside en el temor de las soluciones extremas, que se manifiesta principalmente en las provincias. París y sus alrededores, más dinámicos, votaron comunista "para cerrar el paso al gaufrudo", o gaullista, "para impedir el avance comunista". El "sentido común" de los provincianos los empujó particularmente hacia un retorno a los partidos tradicionales de la Tercera República. Además, el voto por sectores "afines", practicado por primera vez en Francia, favoreció netamente a los moderados de todas las categorías.

El fenómeno más evidente de la vida política de Francia después de la "liberación" es este suave deslizarse hacia la derecha y de la opinión nacional, más acentuadamente de la representación nacional y de una manera decidida del gobierno nacional. Esta realidad es casi inherente a todas las legislaturas fundadas sobre un deseo de novedad, a medida que se agotan las ilusiones o se sacian los apetitos. A medida, también, que los electos se aislan de la presión popular por el juego de las instituciones y de los compromisos. Las ilusiones perdidas vienen a ser, en este caso, las que las masas habían fundado sobre la victoria, la solidez de los acuerdos ruso-americanos en Yalta y Teherán, las nacionalizaciones, la reconstrucción, el sufragio femenino, etc.

A todo esto se añade, en 1951, un factor nuevo: El despertar del antiguo persona; político separado de sus actividades en 1944. Los partidos descalificados por su colaboración con el ocupante (reducidos al silencio por el terror y la censura) eran sobre todo partidos de derecha, definidos por su antimarxismo y su catolicismo tradicional. Por el contrario, los resistentes, encumbrados al poder en los "jeeps" de la invasión norteamericana, se habían apoderado de la prensa, de la calle, del dinero, de todos los cajones del poder en medio de depuraciones y fiestas. Sólo esta situación permitió a un Partido Comunista pintado de nuevo con los emblemas tricolores, a un M. R. P. demócrata-cristiano, a un Partido Socialista rejuvenecido por su reciente pasaje por la oposición, celebrar bajo la égida del "General-Radio", "Primer resistente de Francia", los festejos de esta especie de boulangismo de nuevo estilo que fue la experiencia del gobierno de De Gaulle. Aquello resultó una verdadera feria patriótica y *ceremonieuse* abierta en el silencio de toda oposición y en la cual la danza de los millones era dirigida por el partido de Maurice Thorez, que detentaba entonces los ministerios más estratégicos.

Así se explica que al gobierno P. C. — S. F. I. O. — M. R. P. — R. G. R. le haya sucedido un gobierno sin comunistas bajo la dirección de los socialistas, después dirigido por M. R. P., y finalmente un gobierno de Tercera Fuerza dirigido por republicanos moderados del tipo de Queuille o Pieven. Tal vez mañana tendremos un gobierno centrista S. F. I. O. — M. R. P. — R. G. D. — Independientes de derecha, dejando de lado a los comunistas y a los gaullistas como partidos de oposición. También es posible que poco después el Partido Socialista se retire o sea excluido del poder y lo reemplace el gaullismo en un gobierno más elástico y derechista, ya que este partido recluta sus simpatizantes entre los elementos más reaccionarios del país. De esta manera, en el espacio de cinco o seis años, se habrá visto producir la famosa oscilación "izquierda-derecha" tan familiar a los observadores políticos de Francia.

¿Qué significan, en el ambiente de la Cuarta República, los términos de derecha y de izquierda, calcados de las Asambleas de la Primera República, la de 1791? Puede decirse que la lucha de la derecha contra la izquierda, es la de los autoritarios contra los demócratas, la de los ricos contra los pobres, de los belicistas contra los pacifistas, de los capitalistas contra los obreros, de los monopolizadores contra la igualdad política y social? No. Las cosas aparecen en realidad mucho más complejas. Cada partido contiene los gérmenes de un Estado con su clero, sus militares, sus policías y su plebe. Cada partido es un rebaño reunido por miedo al lobo, y tiene sus pastores, sus mastines, sus ovejas. Los partidos que ejercen el poder demuestran efectivamente su potencialidad ofensiva; los que están en la oposición serían — la Historia lo ha demostrado — amos mucho más duros y ávidos tras su ascensión al poder. En principio, pues, tanto la extrema derecha como la extrema izquierda parecen ser reprobadas. Y esto es lo que adivinaron, si no lo comprendieron, los abstencionistas, esa cuarta parte de los electores inscritos que, en 1951 como en 1946, desertó las urnas y que muy bien pudiera llamarse la masa de los electores constitutivos. Aquellos que pudieran ser denominados los descuentos condicionales, se dividen en dos partidos, de los cuales el más homogéneo y el más numeroso y, sobre todo el más disciplinado, es el Partido Comunista. Este partido es en Francia, después de la liberación, la primera fuerza política organizada y agrupa todavía, junto a la cuarta parte de los votantes, la mayoría de las gentes sindicadas en la C. G. T. Sin embargo su representación, por el juego de la nueva ley electoral es de 100 diputados en la nueva Cámara, en vez de 166. En vano ha moderado los términos de su propaganda para no atomizar, presentándose bajo el rótulo de "Unión republicana, resistente y antifascista por la Independencia nacional, la paz, el pan y la libertad." En vano llamó a todos los republica-

nos repitiendo hasta la saciedad: "Votar S. F. I. O. es votar por De Gaulle; votar M. R. P. es votar por De Gaulle; votar R. G. R. es votar por De Gaulle"; cuando el partido de De Gaulle se había negado a juntarse con ningún otro partido y demostraba combatiérselos a todos. En vano Jacques Duclos aseguró a los propietarios que, de ser reelegido, no votaría ningún nuevo impuesto; se abstuvieron los comunistas de aludir a Rusia y a Stalin, asegurando la inviolabilidad de la propiedad privada y presentándose como pacifistas por excelencia. La ausencia de Maurice Thorez, elegido ausente, aunque nadie sabe si volverá vivo de Moscú, pesaba sobre las elecciones. Y ya corre el rumor de que el mismo Duclos está considerado en el Kremlin como excesivamente blando para que pueda augurarse una larga carrera.

El fiasco no es menos importante del lado del R. P. F., que esperaba el hundimiento de las fuerzas de centro y se hubiera repartido el Parlamento con su inevitable antagonista, el P. C. En las elecciones municipales, el R. P. F., que casi ha tomado la misma denominación que el antiguo Frente Popular (Rassemblement Populaire français), obtuvo el 35 % de los votos, situándose el primero. Sólo con el 20 % esta vez y 115 diputados es todavía la segunda fuerza política del país. Su programa no es fascista, sino plebiscitario a la manera del Segundo Imperio, con el consiguiente chauvinismo demagógico y la intención de tender una mano, si la ocasión se presenta, a un Partido Comunista amansado con el objeto de burlar a los norteamericanos por un nuevo flirt con Stalin, conmemoración de los años 1944-46; ¿Quién será el inocente en este juego espectacular? La experiencia de los Maniu, Perkov, Nagy y otros Kerensky tiende a probar que terminaría desastrosamente para el megalómano que pretende representar a Juana de Arco y a Richelieu, para sus asesores André Malraux y compañía, pero sobre todo para el país entero.

La "desconfianza" que inspira, en Francia y en el mundo, la condición aventurera del R. P. F. y el P. C. F., ha mantenido en el poder, desde hace varios años, a la Tercera Fuerza, que en principio se presentó como neutral en el plano internacional pero que pronto se vió obligada a patrocinar en Francia el Plan Marshall, la constitución de un Ejército occidental, los intereses del carbón y del acero, etc. Compuesta de partidos decréntos, de los que se esperaba la derrota definitiva, la Tercera Fuerza no tiene ni prestigio ni dinamismo: Esto es tal vez lo que le han perdonado más descendentemente los prudentes electores del 17 de junio. Está internamente dividida por la cuestión de la laicidad escolar, que domina la lucha política en muchas aldeas francesas. El Partido Socialista y el M. R. P. son igualmente rivales en el terreno sindical. El primero dirige prácticamente la C. G. T. Force Ouvrière y el segundo la Confederación de Trabajadores Cristianos. Pero en la arística estas dos centrales no se entienden mal bloqueadas entre la C. G. T. stalinista y los grupos de fábrica R. P. F.

Bajo el nombre de Cuarta Fuerza pueden clasificarse formaciones políticas muy distintas, que comprenden:

1) Los residuos de los partidos llamados de izquierda que, bajo la Tercera República, iban desde el Partido Socialista a la Alianza democrática. Estos residuos, reunidos por las formaciones exclusivamente parlamentarias del R. G. R., del Partido Radical-Socialista y de la U. D. S. R., agrupan apenas el 10 % de los sufragios, pero su representación en el parlamento es bastante numerosa, más que la del M. R. P. El tono de su propaganda está bastante bien indicado por el cartel del R. G. R.: "Todo el bien que hace el Estado, lo hace mal; todo el mal que hace el Estado, lo hace bien. Límite-mos el rol del Estado."

2) Los elementos llamados Independientes y Campesinos que se adhieren a varios grupos y forman, con el 12 % de los votantes, una especie de derecha del M. R. P., lo mismo que el R. G. R. al Partido Socialista. Entre ellos

está el P. R. L., (Partido Republicano de la libertad) cuyo líder Michel Clémenceau no ha sido reelegido, y el grupo de Paul Reynaud (Republicanos independientes).

En el seno de la Cuarta fuerza aparecen veleidades neutralistas en el plano internacional y antiburocráticas en el terreno interior. Pero sería vano contar con ninguna realización ahí, habiendo demostrado la experiencia que los partidos pueden destrozar los intereses y violar los programas que los han inspirado cuanto más confianza han sido capaces de adquirir y más miedo han sabido inspirar a sus adversarios.

(Tradujo B. Milla)



## EL FALSO DILEMA EE. UU. O RUSIA

Por C. CRUZ ARJONA

En la sección "Perspectiva Mundial", del N° 2 de "Cuadernos Internacionales", Benito Milla glosa, con agudeza y profundidad, un paradójal y difundido artículo de Bertrand Russell, cuya tesis es la conveniencia de reforzar la causa de los Estados Unidos en su latente conflicto con la URSS, como único medio de evitar la guerra.

Russell piensa que las guerras se producen porque cada bando cree que tiene probabilidades de ganarla y deduce de allí que si el llamado mundo libre y democrático refuerza la posición de Estados Unidos, los gobernantes del Kremlin no podrán creer que tienen probabilidades de ganar la guerra y que con esto se la habrá evitado.

El comentario de Milla a esta tesis completa la argumentación de Russell, que lógicamente debió llegar a que la guerra se evitaría... salvo que Estados Unidos, al sentirse tan superior a Rusia, la declarara, seguro de ganarla. La verdad es, como dice Milla, que "nadie está hoy en condiciones de afirmar que sea una verdad evidente que semejante política de fuerza pueda servir para evitar la guerra".

Es evidente que, de seguirse el consejo de Russell, esta política serviría para asegurar la victoria de Estados Unidos sobre Rusia; pero, esta conclusión sólo es importante si se parte "a priori", de la conclusión de que la guerra es inevitable, y si ello es así toda la argumentación de Russell, que trata de evitarla, es inválida, y se plantea en cambio otra interrogante para establecer, como dice Milla, si "los valores que opone Estados Unidos a Rusia son fundamentalmente mejores... antes que proceder a una movilización arbitraria y forzada de la conciencia mundial".

Este artículo crítico de Milla, "La guerra y la política internacional", plantea, en su fondo, la posición de los cientos de millones de hombres, en el mundo entero, que no sólo anhelan la paz, sino que dentro de su precaria subsistencia actual no aceptan su obligada afiliación a ninguno de los dos bandos políticos, ni sistemas económicos y sociales en contienda.

Si bien es cierto, como afirma Russell, que con el triunfo comu-

nista queda mucho por perder, los pueblos de Europa y Asia que acaban de luchar y los de América Latina, que han vivido en estrecha dependencia de Estados Unidos, saben que con su triunfo no tienen nada que ganar.

Milla señala específicamente el caso del pueblo español, para el cual resulta evidente que el triunfo de Estados Unidos significaría la perpetuación del régimen tiránico del General Franco. Muchos pueblos de América tienen sobrada razón para creer igual cosa respecto de las sangrientas tiranías que los oprimen.

Después del abandono de la política directa de fuerza que Estados Unidos empleara contra Cuba, México, Colombia, que son los ejemplos más evidentes, aunque ningún país de América estuvo libre de él, la Casa Blanca ha adoptado la fórmula ambigua del "buen vecino", que en la realidad consiste en apoyar a todo gobierno americano que sea "amigo" del gobierno norteamericano, siendo ésta la condición única exigida para ser considerado un "buen vecino".

Estados Unidos patrocinó y obtuvo en la Conferencia Panamericana de Bogotá la sustitución del antiguo régimen de reconocimiento internacional con consultas y análisis previos del gobierno instaurado por medios que se apartaban de la continuidad jurídica, por el actual de reconocimiento prácticamente automático.

Con esto han quedado las manos libres para estimular las ambiciones acaudales de los caudillos militaristas que, como mal endémico, sufre América y que saben que sus golpes de fuerza y cuartelazos reciben inmediata sanción internacional, con sólo declarar su anti-comunismo y su amistad a Estados Unidos.

Así se mantienen en nuestro Continente las más odiosas y negras tiranías del mundo entero, como son las que afligen a los pueblos de Nicaragua, con Somoza; de Santo Domingo, con Trujillo; de Venezuela, bajo su Junta Militar; del Perú, bajo el "legalizado" mandato de Odría, países donde la libertad humana ha sido radicalmente abolida en todas sus manifestaciones, tanto materiales como espirituales.

Esta política norteamericana ha sido también causa del entronizamiento de dictaduras legales, sancionadas por el apoyo mayoritario de sus pueblos, como es el caso de Argentina, con Perón y Brasil, con Vargas. Y ha producido hechos tan contradictorios e ilógicos como el triunfo electoral de la minoría conservadora de Colombia y el de fascistas y comunistas, con Paz Estensoro en Bolivia, y el posterior entronizamiento de una Junta Militar.

Las actividades de estos gobiernos tiránicos en sus respectivos países, no obsta, sin embargo, para que Estados Unidos los acepte y admita en conferencias y cónclaves internacionales, destinados a tratar sobre la supervivencia de la libertad y el régimen democrático en el mundo, ni para que, incluso, se les invite oficialmente a enviar tropas para luchar contra la agresión en Corea, cuando ellos mismos no son sino el resultado del triunfo de la agresión contra el derecho.

Es posible, como lo señala Milla, que millones del pueblo ruso,

piensen que la guerra, con el triunfo de Estados Unidos, significa la liberación del comunismo burocrático de Stalin; pero, para otros millones de los pueblos occidentales este triunfo significaría la perpetuación del predominio anti-democrático en lo político y económico internacional que ejerce Estados Unidos. Extraordinaria paradoja a la que nos ha llevado la debilidad norteamericana para defender la libertad frente a la tiranía.

Todos los países de América han sufrido el sistema anti-democrático de Estados Unidos, no sólo en las brutales expresiones de su política internacional señaladas anteriormente, sino en la opresión por su poderío económico, expresado a través de una política imperialista más o menos disimulada. Actualmente, lo sufren también los países de Europa, a través de los planes de colaboración militar, que los obligan a desesperados esfuerzos para defender su independencia económica, labor que Inglaterra ha logrado realizar y que la ha llevado, pese a la elogiada amistad anglo-estadounidense, a enfrentarse en más de una ocasión a las posiciones de Estados Unidos, y que moviliza la fuerte oposición que Estados Unidos encuentra en todos los países de Europa Occidental, donde la voz popular goza de cierta libertad y encuentra eco en la expresión gubernativa. En este aspecto la posición de España es trágicamente inferior, y es muy posible que sea, precisamente el completo estado de sometimiento en que se encuentra su pueblo el factor predominante en la elección de su suelo, que han hecho los dirigentes norteamericanos, como base de sus operaciones en Europa.

Para señalar gráficamente la penetración imperialista de Estados Unidos basta reseñar brevemente la forma cómo se desarrolla su política económica internacional.

Por razones obvias todos los pueblos de América tienen como fuente vital de sus compras y ventas el mercado de Estados Unidos. La gran mayoría de los artículos esenciales y materias primas que estos países producen tienen en Estados Unidos "precios congelados", o "precios tope". Esto significa que para estos países no rige la ley liberal de la oferta y la demanda. La demanda extraordinaria de materiales bélicos y materias primas, motivada por la situación de pre-guerra, no los favorecía en los precios de sus ventas; en cambio, los artículos de consumo, maquinarias, lubricantes, etc., que estos mismos países deben comprar en Estados Unidos tenían precios libres y subían de acuerdo con ese mismo aumento de la demanda. El desequilibrio creado por esta política esos países sólo pueden suplirlo mediante préstamos, contratados con los propios Estados Unidos, para el desarrollo y progreso de su economía, pero empréstitos que los ligan cada vez más.

Isador Lubin, delegado norteamericano al Consejo Económico y Social de las Naciones Unidas fue interrogado por mí en el sentido de si Estados Unidos podrían adoptar, para el pago de los productos y materias primas que compran en América Latina, precios móviles que subieran en la proporción en que se alzaran los precios de aquellos artículos que América Latina debía comprarles. El señor Lubin rechazó esta posibilidad perentoriamente. Dijo, si Estados

Unidos no puede asegurar a sus propios ciudadanos cuánto podrán comprar en un año más con un dólar ¿cómo podría asegurárselos a ustedes? Pero, entre tanto, Estados Unidos se defiende con el sistema indicado de "precios topes" o "precios congelados", para evitar una gran salida de dólares por el concepto de compras a estos países.

Chile recibía hasta hace poco más de un mes 17 centavos de dólar por libra de su cobre, principal producto de su exportación a Estados Unidos. Sólo ahora este "precio congelado" ha sido alzado a 24.5 centavos y se le han dejado 80 mil toneladas de libre exportación, que Chile podrá vender en mercados libres a precios hasta el doble superior a este nuevo "precio congelado" que paga Estados Unidos. Entre tanto, Chile ha necesitado empréstitos por un término medio de 15 millones de dólares anuales para el desarrollo de sus industrias básicas. Estos 15 millones podrían haber sido obtenidos por Chile, sin necesidad de empréstitos, si su cobre hubiera tenido precio libre y hubiera podido subir en la proporción en que lo han hecho todos los artículos que Chile ha necesitado comprar en ese tiempo en Estados Unidos. En esta forma se nos ha mantenido en una verdadera situación de opresión económica, mientras aparentemente Estados Unidos estaba ayudando con sus préstamos al desarrollo de nuestra economía (la tan cacareada ayuda a las regiones sub-desarrolladas).

Una política similar a ésta sufren todos los países latinoamericanos, con mucha mayor intensidad los mono-productores, que con este sistema jamás abandonarán efectivamente su deprimida calidad de tales. Es seguro que un hecho similar se trata de producir en Europa Occidental y contra él se defienden sus pueblos.

Tras este somero análisis volvemos a Bertrand Russell para justificar, en su planteamiento, no en la resolución que él extrae, su afirmación de que lo único que cabe preguntarse frente a la crisis ruso-estadounidense es "cuál de esas fuerzas será la más odiosa", aceptando así que ambas lo son, aunque con una diferencia de grado.

Es así como la conclusión lógica de cuanto se lleva dicho es describir ampliamente la afirmación de Milla, quien dice: "Por mi parte no desestimo la enorme importancia y gravedad que tiene para el mundo la existencia del agresivo imperialismo soviético, pero ese reconocimiento no implica automáticamente un embanderamiento irremisible en el bando contrario, mientras no quede aclarado qué persigue con su actitud ese bando contrario"... y la verdad es que en sus preparativos para la lucha Estados Unidos ha dejado bien en claro que sufre de ausencia de verdaderos valores que oponer a los rusos.

## RESEÑA

### "Hombres y Engranajes"

Ensayo en torno al estado actual del hombre moderno, o, como el autor prefiere expresarlo, derrumbre de nuestro tiempo. Hay una coincidencia existencialista en la opinión de Sabato que es sin duda alguna la definición concreta de nuestro estado: la soledad del hombre moderno. Pero, ante las fatalistas conclusiones a que nos conduce un frío existencialismo intelectual, cabe preguntarse ¿Ha estado siempre sólo el hombre? ¿Estará fatal e irremisiblemente siempre solo? Estas son las preguntas a las que Sabato intenta contestar.

Con este propósito emprende camino desde el Renacimiento hasta nuestros días, destacando aspectos tan interesantes como son el progreso técnico por un lado, el predominio de lo abstracto en el plano metafísico, artístico y por añadidura ético, y el exuberante desarrollo del Estado en lo político.

Coincide con Mumford al señalar que el desarrollo capitalista de la máquina ha llevado al hombre a su estado actual de callejón sin salida, por lo menos aparente. Sabato llega, sin embargo, a conclusiones distintas. Para él la máquina, ayudada o no al capitalismo, posee en su misma esencia factores perjudiciales para la naturaleza humana. Aquí nos encontramos frente a una afirmación que encierra toda una teoría social. Se trata de una opinión que seguramente será muy debatida en un futuro inmediato, porque en ese problema se encierran todas las posibilidades de superación para el hombre actual y más todavía para el venidero. Sin entrar a discutir la posible realidad que encierra esta afirmación de Sabato, es necesario considerar, sin embargo, que a estas alturas de nuestra civilización, es difícil, por no decir imposible, enfocar una perspectiva futurista en la que la máquina no juegue un papel económico de primera importancia. Se trataría más bien — y no es una conclusión de Mumford sino de sus precursores, que, con más o menos luces, han sido muchos — de crear una muralla psicológica en el hombre, que le permitiera aprovechar las indudables ventajas que en el plano económico la máquina ofrece, impidiéndole caer en la perjudicial sugestión del maquinismo. Mumford se expone convenientemente sobre esta cuestión, pero no estará de más insistir en que una incrementación de los valores estéticos en la vida del hombre, puede ser un factor de importancia decisiva.

El gigantesco desarrollo de la técnica no solamente dió como resultado una mentalidad de fabulosas transacciones utilitaristas, que en determinados momentos parecieron ilimitadas, sino que dió origen al mismo tiempo a una concepción universalmente abstracta. Esto último aplicado al arte, y a pensar de ser fruto del propio maquinismo, no dejó de constituir en lo fundamental la válvula de escape del artista frente a un mundo extraño pero reconocido. Tiene en pro el principio progresista de romper los viejos moldes

para lanzarse en las perspectivas de un mundo nuevo que se intuye a través de las nuevas formas que lo rodean. Tiene en contra la claudicación que significa para el arte, el reconocimiento de un mundo que tiende a limitarlo al círculo de su propia constitución.

Con mayor consecuencia el Romanticismo se colocó con anterioridad, preveyendo resultados y anticipándose a posteriores rebeliones, del costado de la libertad del hombre, frente a la espiral absorbente de la técnica. La trascendencia del Romanticismo, a pesar de la caducidad de sus formas, ha llegado hasta nuestros días, y ha dado a su vez origen a corrientes que permanecen en vigor. De estas corrientes, que vienen oponiéndose a la destrucción de la individualidad humana, cabe esperar mucho. Si bien el Romanticismo no logró los resultados que se proponía, consiguió crear las posibilidades necesarias para que el hombre asimilara la gran transformación sin hacerse enteramente esclavo de ella. Sobre la parcial preservación del Romanticismo se hace preciso enfatizar las perspectivas de una completa liberación.

Sabato parece no comprender muy bien el importante papel que el marxismo ha jugado en el desarrollo mastodóntico del Estado. Atribuye el fenómeno a la fatal trayectoria del capitalismo, pero parece colocar al marxismo al margen de dicha trayectoria. La solución económica que ofrece el marxismo tiende, indiscutiblemente, a la destrucción del capitalismo en tanto que clase. Pero Marx no pudo ofrecer otra solución, con respecto al capital, que la ya apuntada por todos los socialistas de su propia generación. Lo que va realmente ayudado al Estado hasta constituir con él una sola pieza, no es el capitalismo sino el capital. El propio Marx no supo encontrar otra forma de eliminarlo que no fuera la destrucción del Estado. He aquí el error fundamental del marxismo, porque este último reconocimiento es incompatible con la dictadura del proletariado, en cualquiera de sus formas. Los hechos han demostrado ahora que todo capital crea a su alrededor un capitalismo, sea particular, sea de Estado.

Se nos hace absolutamente preciso señalar otro olvido, voluntario o involuntario, en que incurre Sabato. El antimarxismo no tuvo origen específico en las filas del capitalismo. Este combatió al marxismo con la misma brutalidad con que ha venido combatiendo a toda corriente revolucionaria. Colocar al antimarxismo en el campo capitalista, "entre las personas interesadas en mantener el estado de cosas", es ignorar llanamente la historia y problemas del socialismo. La polémica Marx-Proudhon fué la primera oportunidad en que el marxismo tuvo que hacer frente al antimarxismo; un antimarxismo, por cierto, que nunca pudo blandir el capitalismo. El antimarxismo revolucionario dió origen a la gran crisis de la primera agrupación socialista, y tuvo como fin la escisión de ésta en dos grupos, que se definieron como marxista el uno, como anarquista el otro. La argumentada oposición de Proudhon primero, y muchos otros después, pone en manifiesta evidencia la existencia de un antimarxismo clarividente en las filas revolucionarias.

"¿Y entonces qué?" La solución de un problema, aunque sólo sea teórica, depende exclusivamente de su planteo. Que el hombre de nuestros días vive en un estado de nihilista soledad es evidente. El existencialismo de Sartre y el "humanismo" de Camus, aunque en distinta forma, nos lo recuerdan a cada momento. Pero todavía será necesario renunciar a muchos conceptos establecidos y acercarnos a muchos otros que alguna vez hemos rechazado hasta que podamos contestar a esta pregunta. La perspectiva bélica que hoy ofrece el mundo sigue siendo la concepción abstracta que el maquinismo ha incorporado a la mente del hombre. Es preciso, sin embargo, aceptar que el reconocimiento del actual estado de la humanidad, constituye por sí mismo el importante paso que nos exige dar nuestra época.

J. C. B.

## Literatura de la decadencia

En un ensayo crítico de profunda penetración sobre las revistas juveniles —sus tendencias, su psicología, su lenguaje, su color—, George Orwell (1) llega a conclusiones muy ajustadas a la realidad. Señala que en ese género de literatura, una de las principales características emergidas de la guerra es el culto al matón y a la violencia. Esta misma tendencia ha saturado profundamente una buena parte de la literatura general —principalmente en la novela norteamericana— y ha invadido la calle en las historietas o tiras de dibujos de los grandes rotativos. Otra de las observaciones de Orwell en su estudio sobre la literatura juvenil de post-guerra es el culto al caudillo, la necesidad de que el lector se represente en un individuo superior, casi siempre una verdadera deformación humana. Advirtase en esta tendencia el impacto dejado en nuestra época por la psicología del hitlerismo o del fascismo en general. Hay que observar que esa superioridad se basa generalmente en la fuerza física y en la astucia, nunca en la generosidad y en la inteligencia pura. Aun hay otro detalle de interés, y es la dosificación de una pornografía bien administrada en esas publicaciones, que refuerza la sensación de salacidad en el lector adolescente. Este hecho llegó en Francia a comprometer el equilibrio sexual de muchos jóvenes debido a la cantidad de esas revistas que se pusieron en circulación —en muchas de ellas el personaje central era del sexo femenino— y que obligó a los poderes públicos a prohibirlas severamente a pesar de que la pornografía para adultos— y aún la exportación— es una de las industrias más florecientes de aquel país.

La derivación más importante, por lo nefasta, en este género de literatura, es la que adapta la mentalidad adolescente, en proceso de formación, a los complejos autoritarios, a la dependencia mental hacia el caudillo, el superhombre, el matón. A la idea del poder representado en la fuerza bruta, en una palabra, y ejercido por individuos que hayan dado constantes pruebas de gorilismo. Ya ha explicado el psicoanálisis que el substrato genuino de esas tendencias es el complejo de frustración. Según Orwell, las revistas que más exacerbaban esta tendencia a la crueldad son las norteamericanas. Escribe: "En las revistas yanquis notamos verdadera avidez de sangre, descripciones realmente sangrientas del tipo de lucha en que todo vale, aun saltar sobre los testículos del adversario, escritas en una jerga perfeccionada por gente que cavila perpetuamente en la violencia. He aquí un ejemplo, en palabras, del contenido de una de las revistas de ese tipo de mayor circulación en EE. UU.: "Avanzó impasiblemente y me aplastó la cara con un derechazo duro como un garrote. Saltó sangre y retrocedí, trastabillando, pero junté fuerzas y le hundi la derecha debajo del corazón. Otra derecha dió de lleno en la boca ya deshecha de Sven y, escupiendo los fragmentos de un diente, me sacudió una izquierda feroz contra el cuerpo. (Fight Stories)". La plasticidad de este léxico, aplicado ininterrumpidamente a inteligencias de formación mediocre, conduce a resultados de alta insensibilidad social o encuentra derivaciones verdaderamente antisociales en el gansterismo, tan cultivado en las grandes urbes norteamericanas.

En las publicaciones de este tipo corrientes en otros países tal vez no se acentúe de una manera tan sangüaria el impacto sádico, pero en casi todas se usa el mismo lenguaje delirante y fantástico y se recurre a la apología de los puños y la astucia para simbolizar al héroe. A este fenómeno no es ajeno el creciente envilecimiento de las masas, el auge desaforado de los deportes violentos y la expansión invasora de los estadios. Precedentes históricos nos demuestran en qué medida un envilecimiento colectivo es nefasto para el desarrollo de una sociedad, una civilización, una cultura. El ejemplo más acabado nos lo suministra la sociedad romana en la decadencia, dónde la degradación alcanzó el paroxismo. También entonces, los símbolos que dominaban la psicología del mundo romano eran el poder y la fuerza. Las derivaciones más importantes de aquella psicología fueron también el sadismo en el circo y una sexología equívoca. Hoy sabemos que una sociedad así estructurada estaba condenada de antemano a morir en la abyección y a producir monstruos humanos como Nerón y Calígula. De un millón de habitantes que llegó a contar Roma bajo los Antoninos, la mitad se dedicaba a pordiosear para comer y refocilarse en el circo. El circo terminó siendo el símbolo universal de la sociedad romana y no podemos dejar de establecer un parangón —salvando las distancias de rigor— entre aquel furor de espectáculo y el de las grandes multitudes de los estadios de nuestros días.

Paralelamente a inusitado éxito de esa literatura juvenil que tan magistralmente ha analizado Orwell, se desarrolla en todos los medios sociales del mundo occidental una actividad idónea en las historietas de los grandes rotativos. Un análisis previo del texto y la forma de esas historietas demuestran que el tipo medio de lector de esos rotativos no ha traspasado mentalmente la edad infantil. También los principios de esta técnica partieron de Norteamérica. Desde la primera hoja impresa en aquel país, la "Carta de Noticias de Boston", en el siglo XVIII, hasta el imperio del trust Hearst, pasó mucha agua bajo los puentes. Al estallar la revolución tenían los EE.UU. unos cuarenta periódicos, pero muy pocos eran diarios y sólo a dos páginas. Al estallar la guerra de 1812 existían cuatrocientos, treinta de los cuales eran diarios. Hoy, 175 millones de ejemplares suministran en forma de comprimidos gráficos los estupefacientes "culturales" al pueblo norteamericano. Esa técnica ha rebasado las fronteras y se ha extendido a través de los océanos. La gran mayoría de los grandes diarios del mundo la ha adoptado. Se produce, pues, un proceso de nivelación cultural en sentido peyorativo. La afición creciente de las masas hacia ese tipo de literatura invalida en un alto porcentaje los intentos culturales serios. Si tomamos ejemplos estadísticos comprobados en las grandes ciudades del mundo la realidad resulta terriblemente desoladora. La conclusión final, como siempre, parece establecer un déficit palmario en contra de una técnica dehumanizada y aplicada sin moral alguna al proceso de degradación del hombre.

B. M.

(1) "Ensayos críticos", por George Orwell, Ed. 'Sur' — Bs. As.

### "Misticismo y Lógica"

"Misticismo y lógica y otros ensayos" es el título de un volumen publicado últimamente por Editorial Paidós de Buenos Aires. Como todo libro de Russell, éste contiene ideas y sugerencias importantes sobre aspectos destacados del pensamiento, la filosofía y la conducta en la vida. El primero de

los ensayos de este libro estudia la actitud mística, contemplativa y negativa, y afirma que 'sólo en maridaje con el mundo pueden fructificar nuestros ideales: divorciados de él, resultarán estériles. "Y el maridaje con el mundo no se logrará por medio de un ideal que retroceda ante el hecho o que de antemano exija que el mundo se acomode a sus deseos. Una actitud mística sólo tiene validez —según Russell— como condición moral o manera de ver los problemas del mundo. Pero esos problemas sólo pueden resolverse por un tipo de acción positiva.

Otra de las ideas más interesantes que pueden recogerse en este volumen y en el mismo ensayo es aquella que dice: "La razón es más bien una fuerza que armoniza y comprueba, no creadora". Esta conclusión intenta invalidar el pretendido conflicto entre intuición y razón, complementando ambas manifestaciones. "Aun en el dominio más puramente lógico, es la intuición la primera en descubrir la verdad", —añade Russell—, otorgando a la razón una función explicativa y confirmativa. La razón sería, en síntesis, la prueba justificativa de la verdad intuitiva.

Aun encontráramos, en este ensayo, otra sugerencia de mucha importancia. Se refiere a la pérdida de calidad intuitiva en el hombre civilizado y al desarrollo de su capacidad intelectual. Así se explica Russell: "En el hombre civilizado, el intelecto al igual que la capacidad artística, se han desarrollado a veces más allá del punto en que es útil para el individuo; la intuición, en cambio, parece disminuir en conjunto a medida que la civilización aumenta. Por lo general es mayor en los niños que en los adultos, en el hombre inculto que en el culto".

En otro de los ensayos de este libro descubrimos otro párrafo, referente a la educación clásica, que merece ser retenido. Es el que dice: "En toda educación puramente clásica hay un defecto que parece inherente a ella: carga demasiado exclusivamente el acento en el pasado. Al estudiar lo absolutamente terminado y no susceptible de ulterior remozamiento, se engendra un hábito de crítica hacia el presente y hacia el futuro". Esta actitud explica el rearmamiento de crueldad en una buena parte de la literatura y la filosofía actual, incapaz de acometer los problemas de nuestro tiempo de manera directa y decidida. El autor censura esta postura con las siguientes palabras: "El horror que le inspira ese áspero contacto le hace retirarse a los primorosos jardines de un pasado culto, olvidando que también estos fueron sacados del yermo por hombres tan rudos y tan vulgares como aquellos de quienes él se aparta ahora".

Podemos no estar de acuerdo con la filosofía contenida en otro de los ensayos titulado: "El culto de un hombre libre". No por eso dejaremos de admirar el estado de espíritu que conduce a afirmar la condición más virtualmente cristiana de la resignación a la fuerza. La resignación, como la más alta virtud de la libertad, se nos antoja una abdicación a priori de uno de los más sagrados derechos humanos. Una posición estoica ante lo irremediable es defendible, tanto como la actitud prometéica. Pero hay en ésta más fuerza creadora, un impulso mayor de dignificación. La resignación termina la mayoría de las veces en el más estrofarlo quietismo y en las más negativas declinaciones. Es una actitud únicamente válida para los místicos poseídos del fuego religioso. Sin la esperanza de una vida superior más allá de este mundo habitado por los hombres, la resignación ante la fuerza cobra el aspecto de una renuncia a vivir.

B. M.

"Misticismo y Lógica y otros ensayos", por Bertrand Russell. — Ed. Paidós. — Buenos Aires.

## “El Gran Proyecto”

No se puede comentar esta novela de Dos Passos sin tener presente la que configura su antecedente inmediato: “El número uno”. Es una biografía del “candidato” a la Presidencia de EE.UU., una biografía que no sólo se adapta de manera total a la figura del Roosevelt histórico, sino que constituye una biografía típica del “candidato” en muchas de sus facetas.

En este libro de hoy nos muestra, con su estilo particular, —que ya conocemos desde su “Paralelo 42”—, y que sigue ajustado a un buen decir cinematográfico más que a un puro estilo literario, los entretelones del Washington dominado por los hombres del “New Deal”.

Muchas veces encontramos que para comentar un libro no tiene objeto que relatemos el argumento y sigamos paso a paso a sus personajes. Como tampoco lo tiene casi nunca la crítica erudita. Con este libro pasa algo de eso. Lo importante no está en los hechos que relata sino en las consecuencias lógicas y razonables que de los hechos en sí mismos podemos sacar, y a esos fines contribuye la factura del fundido encañonado con que Dos Passos nos muestra el panorama desigual de la vida popular; de las carpenterías, trabajos, militancias, entregamientos, etc. de la masa de obreros y campesinos, en una palabra: del hombre común, ése de todos los días, el que oye al Presidente, el que constituye sus ideas con el periódico y la radio, frente a los hombres de la Administración que luchan entre ellos, se desplazan y trazan sus proyectos de ordenamiento para conseguir los fines establecidos en principio desde las plataformas electorales.

Los capítulos engranan varias historias que tienen puntos comunes o de contacto y relatan las vidas de individuos generalmente bien intencionados que han abandonado puestos importantes de la industria y el comercio para responder al llamado del Presidente y estructuran el nuevo orden democrático que esperan de más bienestar al pueblo norteamericano. Aquí Dos Passos, sin hacer una crítica directa al “New Deal” y a sus hombres, dejando esta vez en segundo plano al Presidente en su sillón de la Casa Blanca, que sin aparecer en escena dirige todas las cosas con una efectividad y fuerza que lo hacen estar presente en todas las oportunidades decisivas, nos da sin embargo los elementos necesarios para enjuiciar al “New Deal” en sus pretensiones y en sus realizaciones. Además nos hace un planteamiento acabado de la política de pre-guerra y de las variaciones que experimentó hacia dentro y fuera en el tratamiento del comunismo.

No se nos escapa que la trama de acción de la novela es muy buena y que los conflictos personales que plantea tienen un desarrollo y en casi todos los casos un desenlace ineptamente conseguido, pero nos parece que es más importante aprovechar los elementos de juicio que pone en nuestras manos para analizar la vida y milagros de esa Corte del Siglo XX que fué la Administración del “New Deal”.

Insistimos que con estas líneas sólo pretendemos despertar el deseo de leer este ejemplar de Dos Passos, pero que es preciso hacer un comentario analítico y un planteamiento exhaustivo del “New Deal” que contribuya, además, a destruir ese fantasma de la Solución Democrática con que están

sepultando al mundo del liberalismo occidental y cerrando las puertas a todos los que pretenden soluciones de futuro con miras libertarias.

E. M. (h)

“El Gran Proyecto”, por John dos Passos. — Ed. Hermes. — México,

## “Shelley, Godwin y su círculo”

Henry Noel Brailsford estudia, en este libro, las figuras de Godwin, Shelley, Paine, Mary Wollstonecraft y otros personajes que adquirieron singular relieve inmediatamente antes y después de la aparición de “Investigación acerca de la Justicia Política”, el gran libro de Godwin que tanta influencia debía ejercer en el pensamiento político de su tiempo y entre los más destacados poetas de entonces, principalmente en Shelley. Teniendo en cuenta las atarabiarías derivaciones en el ulterior comportamiento personal de Godwin, que han dado pábulo a historiadores y literatos para ridiculizar sus ideas, la bondad de juicio y la claridad literaria de este libro de Brailsford merecen consideración particular.

Se abrió el libro con una interesante digresión acerca de la influencia y repercusión de la Revolución Francesa en Inglaterra. Las nuevas ideas pusieron en marcha llegan hasta la isla sacudiendo los espíritus más sensibles. De aquella efervescencia inicial iban a salir estupendas creaciones y tipos magníficos que constituirían más tarde un renombre universal. Tomás Paine y sus “Derechos del hombre” están entre los más destacados.

En este clima zumbal, el libro de Godwin, “Investigación acerca de la Justicia Política”, no podía ser saludado de otra manera que como explica Hazlitt: “Nadie fué jamás tan comentado, tan respetado y tan solicitado; allí donde se hablara de libertad, verdad o justicia, su nombre no podía faltar.” Más tarde Shelley debía escribir a Godwin, después de leer su libro: “Desde el momento que conocí sus principios, había deseado ardientemente tratar en la intimidad el intelecto cuyas emanaciones tanto me ha deleitado contemplar. Teniendo en cuenta esos sentimientos míos, comprenderéis la inconcebible emoción que he sentido al enterarme de vuestra existencia y el lugar donde habitáis.” Después, en 1812 Shelley debía escribir todavía: “El nombre de Godwin solía despertar en mí sentimientos de reverencia y admiración. Me he acostumbrado a considerarlo como una luminaria demasiado deslumbrante para la oscuridad que le rodea.” Brailsford saca la conclusión de que: “... tan evidente es que Godwin explica a Shelley, como que Shelley es el comentario indispensable de Godwin.”

A través del libro de Brailsford el hombre Godwin se destaca por encima de las tristes limitaciones de los últimos años de su vida, tras un segundo casamiento poco afortunado y el imperio de la más negra reacción. Esa situación justificó más tarde la mala fe de algunos de sus biógrafos y comentaristas, y el olvido en que cayó su obra. Según Brailsford, en ella se encuentra ya todo el anarquismo filosófico. Semjante radicalización de las ideas de los primeros liberales, Paine entre ellos, no podía tener circulación en la Inglaterra reaccionaria, hasta que una nueva y profunda modificación en el pensamiento moderno fuese capaz de recoger tan preciosa herencia. El autor señala que, a pesar de la importancia de este primer gran manifiesto anar-



quista, no se le ha valorado como merece en los mismos medios libertarios de Europa. Error que está siendo corregido a juzgar por los plausibles intentos actuales de valorar uno de los más grandes documentos de la filosofía anarquista. — B. M.

"Shelley, Godwin y su círculo" por H. N. Braisford. — Ed. "Fondo de Cultura". — México.

## "Proudhon"

El estudio que hace Armand Cuvillier de la personalidad y las ideas de Proudhon resulta un alegato solapado en favor de las opiniones de Marx y Engels sobre el gran anarquista francés. Resumido con criterio cripto-marxista, el ideario de Proudhon es aleosamente desfigurado en el libro de Cuvillier y caricaturizadas todas sus actitudes personales. No en vano el autor recurre como fuentes exclusivas de información a las opiniones de Marx y Engels, menospreciando testimonios mucho más directos y fidedignos. Este enfoque falsea desde sus comienzos las opiniones emitidas por Cuvillier, para el que toda la bibliografía posterior en torno a Proudhon es anodina, y únicamente aceptable la propalada por los enconados enemigos del pensador francés. Así, los libros de Dolleaux, Aron y Denis de Rougemont sobre las ideas de Proudhon y sus proyecciones modernas citadas en el libro de Cuvillier, son puros infantilismos, disquisiciones intranscendentes sobre ideas apagadas y una figura borrosa... Pero la misma empuñada adversión que caracteriza a los secuaces de San Marx contra Proudhon justifica la permanente novedad de algunos de sus incommovibles principios. ¿No figura su nombre al frente de las actuales corrientes federalistas y de las nuevas tentativas de organización social sin apelar al bárbaro recurso de la dictadura?

Para Cuvillier, todo cuanto no se sujeta en la sociedad al inflexible rigorismo dialéctico carece de contenido perdurable. En esta dogmática apreciación concentra la fuerza medular de su crítica. Ni la vida, ni el pensamiento, ni la acción política de Proudhon se cifieron a un sistema central e inmutable de pensamiento. Es como si al crítico le molestara el exceso de salud de su biografiado, su afán cotidiano y nunca saciado de actividad, que lo hacen aparecer como un hombre estrechamente vinculado a los azares y pasiones de su tiempo. De esa irrupción violenta en cuanto tenía relación con lo social extrajo Proudhon ideas y experiencias firmes, aunque chocantes, sobre los aspectos más salientes del acontecer humano. Para Cuvillier también es esto malo y peligroso. Un pensador debe encerrarse en su biblioteca y desde allí medir el temperamento y las necesidades de la sociedad. Hacer es un especie de herejía para el intelectual. El pensamiento de Proudhon carece de consistencia porque vagabundó demasiado por los hechos de su tiempo. Esta parece ser la conclusión del profesor Cuvillier.

Hay datos más reprobables todavía en el libro, y son aquellos donde se insinúan de manera equívoca algunas de las actitudes y relaciones personales de Proudhon. Es cierto que es imposible desfigurar la furia persecutoria que sufrió durante toda su vida, sus exilios, sus encarcelamientos, las sucesivas confiscaciones de sus libros, su pobreza secular. Pero a pesar de estas evi-

dencias cristalinias, sus detractores marxistas, como Cuvillier, no tienen empuño en lanzar la piedra de sus relaciones con Luis Napoleón... "Calumnias, que algo queda". No pueden evitar este axioma los profesores satisfechos por el marxismo cuando se dirigen a Proudhon. No pueden dejar de revivir en toda su repulsiva intensidad la fobia que ya su jefe le demostró en vida. Lo hacen con las mismas solapadas argucias. Tal vez eso sea la prueba misma de la inmarcescible actualidad de Proudhon y sus ideas. — B. M.

"Proudhon", por Armand Cuvillier — Ed. Fondo de Cultura — México.



**"Noticario"**

—Aparecerá próximamente, bajo el signo editorial de Losada, de Buenos Aires, vertido por primera vez al catalano, el libro de Herbert Read "The Meaning of Art". De la última edición inglesa de este libro nos ocupamos en el N.º 2 de esta revista.

—Alain Sergent, que con C. Harmel publicó una brillante "Histoire de l'Anarchie", es el autor de un nuevo importante libro titulado "Las anarchistes". Según el autor, los importantes materiales biográficos recopilados y la información histórica del libro la fué adquiriendo al compulsar los documentos existentes en la Biblioteca Nacional de París.

—Nos ocuparemos en nuestro próximo número, de una manera extensa, del libro recién aparecido en Francia, editado por el Movimiento Libertario Español y titulado: "La C. N. T. en la Revolución Española". En este volumen se han recogido importantes documentos y datos sobre la actuación de la C. N. T. y el anarquismo español y sus proyecciones en la vida nacional.

—Una tercera edición de la novela de nuestro amigo y colaborador Albert Camus, "El Extranjero", ha sido lanzada por la Editorial Emecé, de Buenos Aires.

—En el número de mayo de 1951 de la revista francesa "La Table Ronde", publica Roger Caillois un estudio titulado "La Guerre et la vérité des bas fonds" que es una pieza maestra sobre el tema de la guerra, considerada como manifestación religiosa. El artículo termina con estas palabras: "Ya es tiempo de reaccionar frente a estos prestigios religiosos de la guerra que provienen de su misma inhumanidad. El hombre está hecho de manera a considerar divino todo cuanto lo destroza".

—La revista "Esprit", de París, publica en su número de abril dedicado a las experiencias de convivencia libre en Francia, llevadas a cabo por elementos de distinta significación social, un capítulo del libro de Jean Maitron sobre historia del anarquismo titulado: "Milleux libres". Expone el autor algunas de las experiencias de convivencia anarquista, no siempre felices, en algunas regiones y localidades de Francia.

**CUADERNOS INTERNACIONALES**

Puede adquirirse en:

**BRASIL**

RIO DE JANEIRO — Manuel Pérez — Rua Buenos Aires  
147 A 2.

**CUBA**

LA HARANA — David Alonso — Apartado N.º 368.

**EE. UU.**

NEW YORK — Marcelino García — Box 1 Cooper Station—  
New York 3.

**FRANCIA**

PARIS — Le Libertaire — 145 Quai Valmy — Paris X —  
Librería M. L. E. — 24, Rue Stc. Marthe. — Paris X.

**INGLATERRA**

LONDON — Feedrom Press - 27 Reed Lyon - London W C. 1

Suscripción anual (4 números) \$ 2.— m/u.

**C U A D E R N O S  
I N T E R N A C I O N A L E S**

COLABORAN:

ALBERT CAMUS. — ALEX COMFORT. —  
STIG DAGERMAN. — CARLO DOGLIO. —  
FONTAINE. — J. GARCIA PRADAS. —  
CRISTOBAL D. OTERO. — J. PEIRATS. —  
HERBERT READ. — GEORGE WOODCOCK.  
FELIPE ALAIZ. — H. KOECHLIN

Precio: \$ 0.80 m/urug.